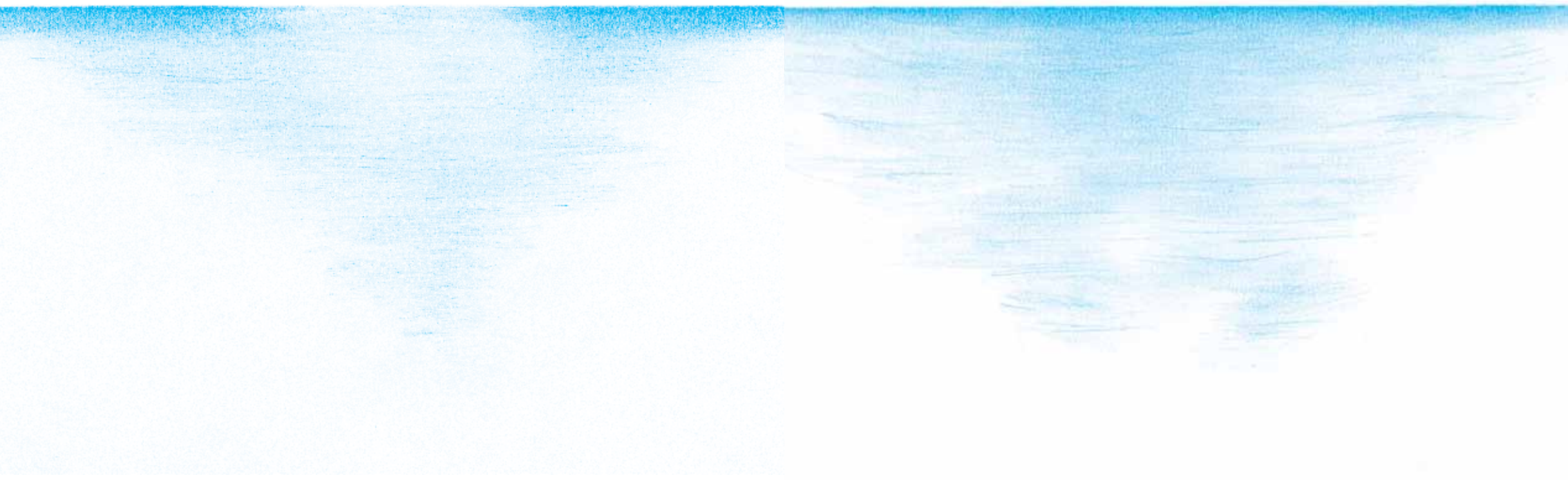
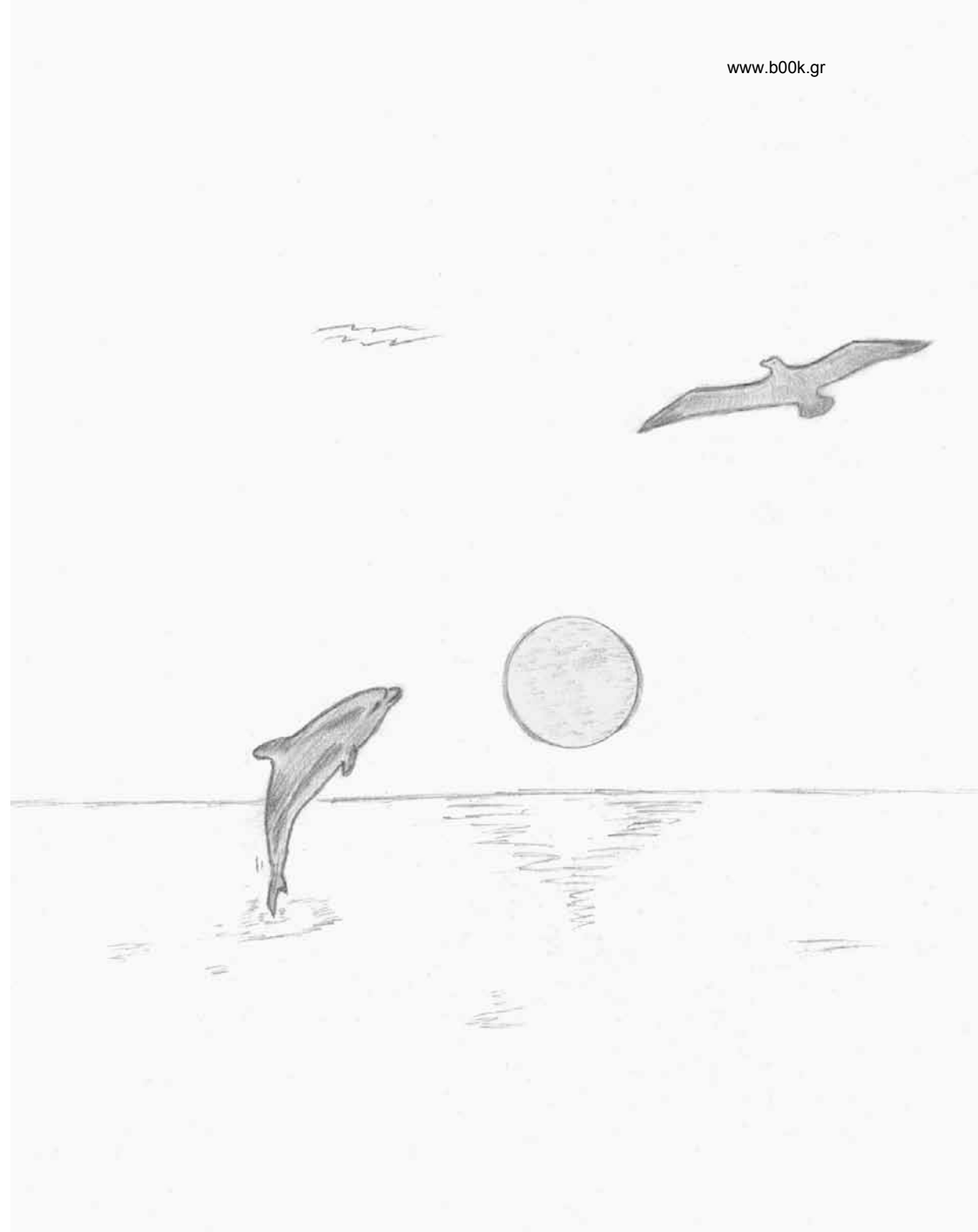




(Texto no incluido en el libro)

- Las páginas impresas no tienen el tamaño del libro.
- La numeración de las páginas se agregó solamente para el archivo PDF.
- Los textos y los dibujos del libro se proporcionan solamente para su lectura y para ningún otro uso.

una historia sencilla...



Cuando dos soles se encuentran
entonces dos mundos
se unen para siempre.

EL DELFÍN Y LA GAVIOTA



A mi tío...

textos: marzo - junio
dibujos: julio - octubre

* * *

Volaba sola cuando el sol ya se había puesto.

Volaba sola, con las alas completamente abiertas, dejando su cuerpo levantarse despacio, sin esfuerzo en su mundo celestial.

Y mantuvo la vista durante largo tiempo olvidada en el complejo de nubes de esa tarde que parecía desdoblarse hacia ella, coloreado en rojo profundo — prestado por un sol perdido.

Debajo de las nubes, el mar. Ondulado, reflejaba los colores oscuros del cielo transformándolos tímidamente, de tal manera que era ya imposible distinguir si era más rojo o morado...

De repente, sin explicación, giró hacia el mar su pequeño tronco y casi cerró sus alas grises.

Podía ahora verlo dar vueltas cada vez con más velocidad, engrandecerse peligrosamente, antes de cerrar sus ojos, antes de perderse en las aguas oscuras.

...

Volaba, mojada todavía después de su inmersión repentina.

Volaba sola, en un mundo familiar, sobre un mar desconocido.

Un mar que parecía que la llamaba...

* * *

— ¡Alejandra!

Torciendo la cabeza vio a otra gaviota que se le acercaba. No se había dado cuenta como había pasado el tiempo.

— Los pájaros no vuelan en la oscuridad, sabes...
— Sí, papa. Me he distraído.

Comenzaron a dirigirse lentamente hacia atrás, hacia la isla desde la que habían empezado.

— Hija, ya has crecido, lo veo. En poco tiempo nos dejarás para vivir tu propia vida. Pero todavía nos preocupamos por ti.

— ¿Mamá te ha enviado?
— Sí, y me dijo que si te encontraba, que te pusiera un poco de lógica.
— La misma historia de siempre...

Se aproximaron a la pequeña isla. Ya se divisaba vagamente la colonia de gaviotas extendida cerca de la playa. A media luz las rocas que se levantaban en varios puntos se mostraban aún más rudas, más difíciles de alcanzar.

— Tiene razón Alejandra. Es como si no te interesara nada. Vuelas continuamente, pero sin metas. Haces clavados en el mar, pero no buscas alimento. No piensas para nada que se avecina el día en el que harás tu propia familia.

Ten cuidado, hija. Quién sabe en dónde terminarás con lo que haces.

La noche caía velozmente, mientras la luna débil estaba saliendo.

...Quizás hay algo que te falte, y ¿no lo sé? Dímelo...

Aterrizaron casi a ciegas. Aún así su madre los reconoció sin dificultad. Se acercaba *silenciosamente* hacia el lugar donde estaban, despertando a la mitad de la colonia al pasar.

Sería, realmente, una noche difícil.

* * *

Por muchas veces que lo hiciera, siempre sentía el mismo entusiasmo.

El entusiasmo que ofrece la sensación de separar las aguas a una velocidad en aumento continuo. Y si se perdía en algún instante debajo de la superficie, aparecía otra vez en breve haciendo un salto absolutamente bajo control.

Detrás de él lo seguían sus compañeros.

Era a lo mejor, el más veloz y flexible de los delfines del grupo, el más capaz tanto para coger peces, como para hacer saltos espectaculares y originales.

Entonces advirtieron al colectivo que estaba a su derecha.

Uno al principio y todos a continuación se voltearon hacia éste.

Algunos ya avanzaban hacia adelante en un intento por rodear a los peces.

Éstos reaccionaron más tarde. No teniendo otra opción más que huir, giraron hacia el único espacio abierto del círculo, simplemente para rendirse a los delfines hambrientos y obviamente más veloces.

Una vez más mientras los ‘peces más pequeños’ se sometían a las leyes injustas de la naturaleza, se preguntaba si destruía a seres mejores que él mismo.

Continuaron sus juegos anteriores, con pocos descansos, todo el resto del día. Así, cuando llegó la tarde, se reunieron para dejarse a la tranquilidad de la noche.

Uno, no obstante, faltaba en el grupo. Pero nadie se preocupaba.

Ya conocían sus extraños hábitos.

* * *

Contemplaba una vez más el atardecer, flotando en el aire, sin fatigarse, alto, por encima de la superficie acuática.

Como un disco rojo aplanado, el sol se dirigía lentamente hacia el mar. El final de cada día era quizás el momento más hermoso.

Así se hacía menor la tristeza por el día que se iba. Y algunas veces era gracias a ese atardecer que ya no podías olvidar todo el día.

...

Un chapoteo, como si algo pesado hubiera caído en el agua, de repente le llamó la atención.

Bastante lejos a la izquierda divisó círculos que se abrían sobre el mar calmado.

Casi enseguida un delfín saltó a lo alto, aproximadamente en el mismo punto, y haciendo un admirable giro se cayó de espaldas, dejando que este sonido viajara lejos, muy lejos, es seguro que hasta su isla, tal vez —quién lo pudiera saber— y hasta tierra firme.

De repente como acostumbraba, tal vez sin justificación, comenzó a volar hacia el solitario visitante.

Todos sus pensamientos se habían esparcido en un momento.

— ¡Eh! ¡Delfín!

Esperaba para llamarle — casi segura de que saltaría otra vez— cuando hizo el brinco siguiente.

El delfín con su vista colocada en la esfera ardiente, se sorprendió. Volteó rápidamente la cabeza hacia Alejandra.

Ese clavado no debió de haber sido la muestra más indicativa de sus habilidades...

«Sí», dijo simplemente, conforme aparecía reluciente en la superficie.

Alejandra sonrió.

— Perdón.

No quería asustarte. Vi tus saltos en el agua y quise acercarme para hablarte...

— ¡Pues pensaba que las gaviotas no vuelan a esta hora, tan lejos de su isla!

Suavemente bajó junto al delfín.

Este se inclinó levemente hacia un lado, para poder escucharla con más facilidad.

— Me gusta volar sola, contemplando la puesta del sol.

— Tiene que ser muy hermoso verlo desde allí arriba.

— Sí, realmente...

Miró el agua.

— ...¿Qué ocurre abajo, mucho más abajo de aquí? ¿Está tan oscuro en todas partes?

¿Qué le ocurre al sol cuando se hunde?

— No lo sé. Pero en todas partes hay oscuridad. Ninguna luz...

— ¿De verdad?

¿Tampoco hay luna en tu mundo?

¿Ni estrellas?

Respondió moviendo negativamente la cabeza.

El sol a lo lejos al oeste estaba a punto de tocar el mar.

Se volvió hacia la gaviota.

— Vuela... Por favor, vuela y dime qué se ve ahora, desde allí arriba.

Subió al cielo para volver a acercarse al impaciente delfín un poco después.

— Desde arriba parece como si dos soles se encontraran en la orilla del horizonte. El que ves claramente y otro, parecido, de un rojo intenso, que flota durante un rato en el agua.

Y a continuación parece casi como si se diluyera en el color del mar.

El delfín comenzó a saltar tan alto como podía, buscando el «otro» sol.

— No lo veo... No lo veo para nada...

Observaba a un ser, que intentaba ver al mundo de la forma en la que lo veía ella.

Un ser que veía un mundo que ella no podía ver.

«No te pongas triste», le dijo entonces.

«Yo te diré lo que veo.»

«Yo volaré por ti...»

Siguió un instante de silencio. Círculos de agua florecían despacio frente a dos soles que se unían antes de desaparecer.

— Y yo nadaré por ti...

Allí, mientras un sol se adentraba cada vez más en el otro, se cerraba el acuerdo más bonito, más extraño en la historia de los dos mundos.

Un nuevo sol aparecía ahora, nacido de un encuentro inesperado.

Y por el modo en que se encajaban sus dos partes, no se podía decir con seguridad cuál pertenecía al cielo, y cuál al mar.

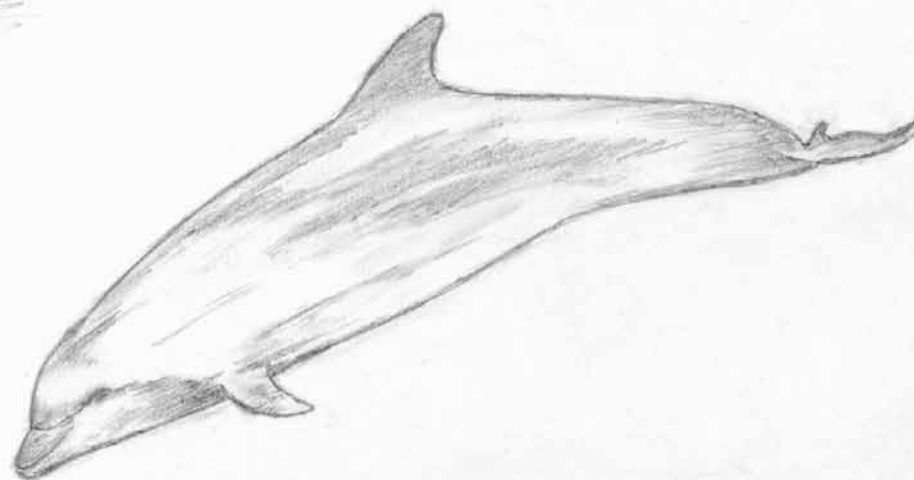
Cuál de los dos soles se reflejaba en el otro...

...

— Todavía no te he preguntado tu nombre...

— Alejandra. ¿El tuyo?

— Íasonas...





* * *

Con el amanecer del nuevo día volaba hacia el cabo de Oriente.

En aquella orilla de la isla Iásonas ya la esperaba. Nadaba despacio, casi tocando la superficie.

— Buenos días.

— Buenos días Alejandra.

¿Llegaste bien ayer por la noche?

— Sí, me he acostumbrado al vuelo nocturno...

Me basta la luz de la luna.

El silencio se extendió.

— Parece ser que tenemos tanto que decirnos y que no sabemos por dónde empezar...

Sin embargo el principio finalmente se halló. Comenzó, entonces, una conversación sin fin.

Iásonas la escuchaba, mientras Alejandra unía sus alas en formas innovadoras, hablar sobre un mundo que nunca había imaginado.

De bosques espesos, molinos de viento, casas y calles, de

animales que viven en la tierra, de grandes campos de colores...

Y Alejandra, por otro lado, nunca había imaginado que el mar escondía dentro de sus profundidades un universo de esponjas de muchos colores, corales y algas, seres pequeños y grandes en abundancia, no peligrosos y peligrosos...

...

Lo que, no obstante, parecía que les gustaba más era cuando Alejandra volaba por Iásonas. A sitios a los que él, si fuera gaviota, desearía volar.

O cuando Iásonas nadaba por Alejandra, hasta la profundidad a la que ella, si fuera delfín, desearía sumergirse.

Cuando al final compartían sus experiencias, sus sentimientos.

...

La veía ahora volar por él sobre la isla pequeña. En sus ojos negros rasgados no había más que un pájaro de mar que volaba alto, con sus alas completamente abiertas.

Un poco más tarde la escucharía con la misma dedicación describir cómo veía la isla: entera con rocas que estaban cerca de la playa, allí donde las aguas son al principio verdes y después de color azul cielo y azul oscuro.

Cómo se sentía a la hora en la que el viento soplaba con fuerza pero no la arrastraba, a la hora en la que se quedaba inmóvil, sin esfuerzo, en el cielo.

Preguntaba una y otra vez, sin parar.

Y Alejandra le diría una y otra vez como parecía el mar — no tan infinito mientras volaba lejos de éste— circundado por la tierra y el horizonte.

Cómo lo veía dar vueltas mientras ella daba clavados en el aire, cómo se sentía cuando bajaba poco a poco su velocidad abriendo suavemente sus alas, qué experimentaba cuando casi tocaba el agua antes de subir un poco para volver a zambullirse inmediatamente después.

Hablaba continuamente, con un entusiasmo poco común, sobre la sensación de volar.

Le explicaba que cuando se hallaba ahí arriba, al tener una distancia lejos de las cosas, éstas parecían más pequeñas, más débiles. Y los detalles parecían no tener importancia.

Cómo te sentías más grande, más importante desde lo alto.

Conforme la distancia se perdía, otra vez te convertías en una gaviota más...

Al volar a lo alto, repitió, los detalles parece que no tienen importancia.

Y al volar a lo alto todo parecen detalles.

Iásonas ahí, junto a ella, cerrando entonces los ojos intentaba verse a sí mismo desde lo alto, las rocas desde lo alto, la isla pequeña, sin importancia, con el mar que la envolvía — de color verde al comienzo, azul oscuro a continuación...

...

Después sería él, el que empezaría a hablar sin parar, con un

entusiasmo poco común, sobre la sensación de nadar.

Describía como se sentía cuando avanzaba dentro del mar profundo, cuando empezaba poco a poco a aumentar la velocidad y cuando de repente giraba su cuerpo hacia la superficie, para ver las nubes que obtenían cada vez más rápidamente alguna forma antes de que finalmente saltara al aire.

Alejandra le preguntaría una y otra vez.

Una y otra vez Iásonas le diría que cuando estás en el agua, cuando sientes que te «suspendes» en algún lugar dentro de él, cada uno de tus movimientos se hace más lento. Cada instante parece que tiene duración.

Y ya el tiempo parece que no tiene importancia.

Cerrando entonces sus ojos Alejandra, se esforzaba por sentirse, aunque fuera por un momento, perdida en algún lugar de las profundidades del mar, en otro mundo diferente.

En un mundo sin barreras ni de espacio ni de tiempo...

Se hallaba ahora sin movimiento en la superficie serena.

Veía a Iásonas nadar por ella, alejarse lentamente hacia profundidades prohibidas para ella misma, unirse con el color del mar.

La distancia también aquí cambiaba la realidad.

Esperaba, mirando con impaciencia dentro del agua.

Hasta que pareció acercarse.

Como una sombra que pasaba por la luz, obtuvo poco a poco alguna forma. Vio entonces que sujetaba algo en su hocico. Era la primera vez que veía algo semejante.

Voló después de un rato hacia el interior de la isla.

Siendo un delfín nunca había visto una flor.

Así, en tanto Alejandra seguía observando una concha dejada en alguna de las rocas próximas, él arrastraba por primera vez dentro del mar algo tan delicado, tan fácil de romper...

...

Del mismo modo pasó el resto del día; en calma, esparcido entre conversaciones y narraciones, entre juegos espectaculares de los dos, con intentos de compartir sus emociones, sus sentimientos.

Ahora que podían ver cada uno con los ojos del otro, podían ellos mismos ver su propio mundo más hermoso.

Descubrir nuevos aspectos de él.

Notar lo que antes pasaba sin que le hubieran puesto atención.

Ahora que cada uno veía con los ojos del otro, con una disposición hacia la investigación, la búsqueda, se daban cuenta una vez más de lo poco que conocían de su propio mundo.

De lo vano que era estar tan comprometidos a una parte infinitesimal de la totalidad. Tan enganchados a la nada.

La decisión se había tomado ya.

Mañana se irían juntos.

Se irían hacia la gran isla a la orilla del mar. La isla que se llamaba tierra.

Esa noche toda la bandada de gaviotas se quedaría sin dormir por la queja *sorda* de una madre...

* * *

Hizo un giro pequeño en el cielo. Su padre y sus hermanos regresaban a la isla.

Su madre se había despedido de ella más temprano; estaba tan agotada que no podía volar.

Había preferido no hablar a nadie de Iásonas.

A su madre no se lo dijo, a lo mejor simplemente dado que no le daría consuelo algo así. No sería nunca posible que un delfín la pudiera apoyar en cualquier cosa, la pudiera ayudar cuando algún día lo necesitara.

A su padre solamente le había comentado que un delfín viajaría con ella, el cual iba también a tierra. Nada más que eso.

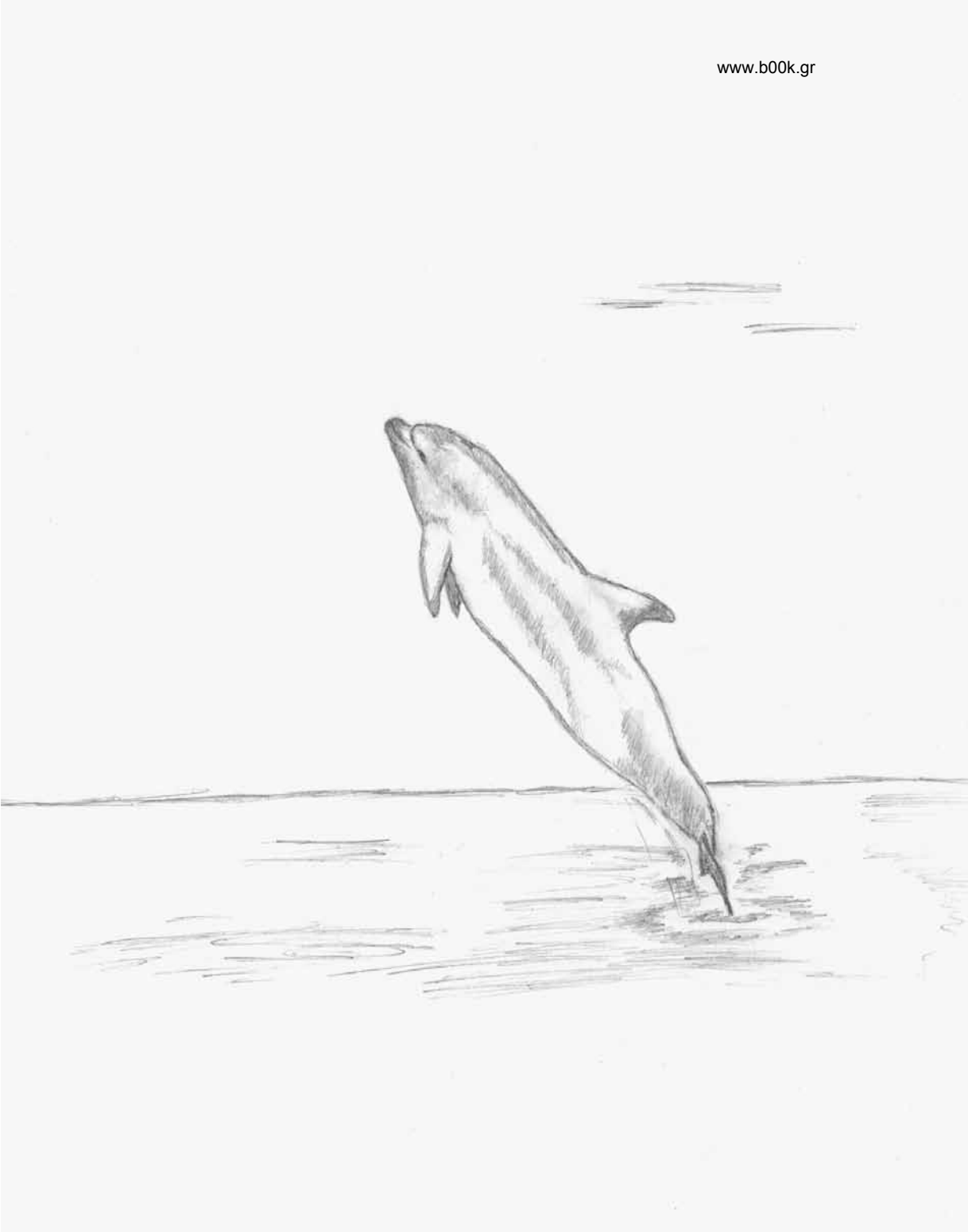
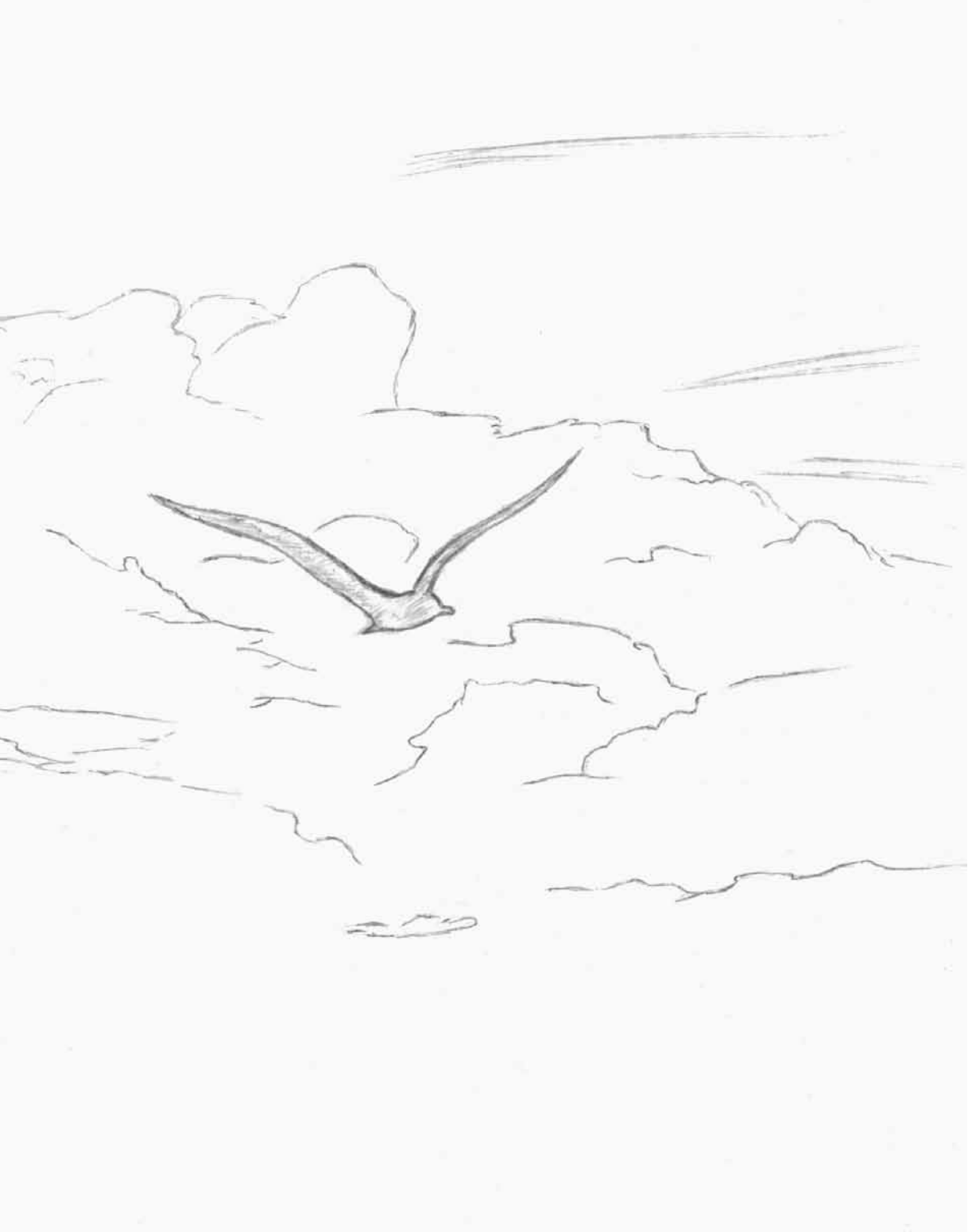
«Te va a retrasar, debes saberlo...»

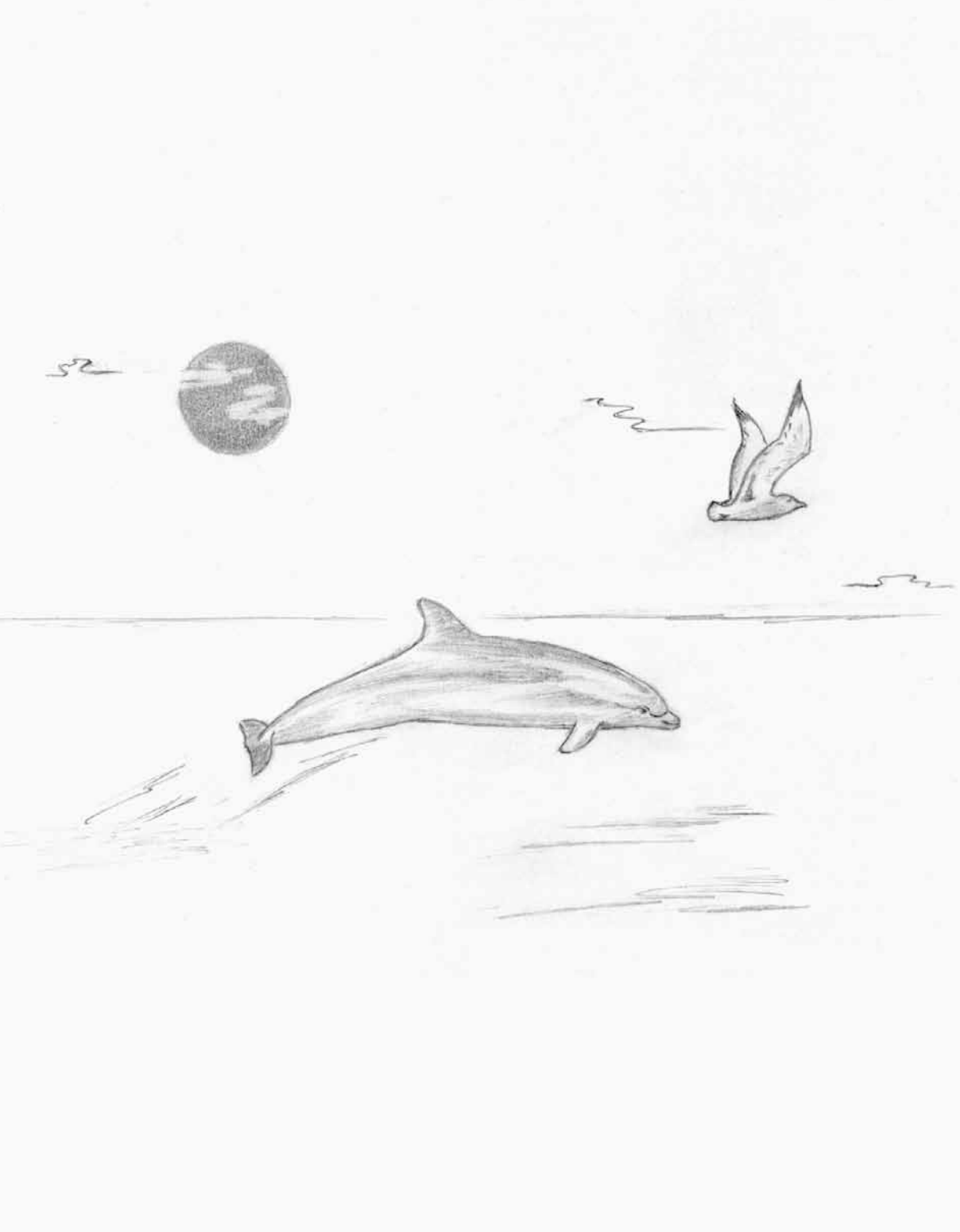
«No importa, papá...», se justificó, «Tendré a alguien para hacerme compañía.»

Para todos los demás, para todos los que por accidente la vieron irse, fue solo una coincidencia; ese delfín nadaba velozmente, haciendo de vez en cuando pequeños saltos, en la misma dirección que Alejandra.

No eran más que dos adolescentes que ambicionaban conocer algo más. Dos adolescentes que ambicionaban aprender.

Que ambicionaban, así, vivir.





* * *

Con ese tiempo necesitarían por lo menos dos días para alcanzar tierra. Un día más de lo que harían si pudiesen los dos volar.

Avanzaban continuamente, parándose solo a veces, principalmente cuando Iásonas se cansaba por la velocidad con la que nadaba.

En cambio, para una gaviota era quizás más cansado el vuelo relativamente lento. Pero no quería volar adelante. Le gustaba contemplar a su amigo cuando nadaba.

Le gustaba sentir que estaban juntos.

...

Bastante más pequeña, sin recordar cuándo exactamente, Alejandra había viajado a tierra en otra ocasión.

En aquel entonces, con su padre y sus hermanos, cuando él se lo había prometido a ellos en un momento de debilidad.

Lo único que aún quedaba de aquellos emocionantes días fueron algunas imágenes desvanecidas, sin poder distinguir cuáles había visto ella misma y cuáles se habían creado en su memoria por los relatos de las gaviotas mayores. De lo que como cuento se decía de la isla a la orilla del mar.

Había llegado la hora de que viera por ella misma qué existía y qué no existía, distinguir su verdad de la verdad de los demás...

Iásonas, por su parte, estaba acostumbrado hasta entonces a nadar en el mar abierto, lejos de la tierra y de sus habitantes.

Era la primera vez que llegaría tan cerca de ellos.

...

Se habían parado uno al lado del otro bajo un cielo limpio.

Tocaron cansados la superficie acuática, esa línea de separación que obstruía sus viajes, que delimitaba el tamaño de sus capacidades.

Esa línea que ellos podían traspasar aunque fuera únicamente por un momento. No obstante, por un momento que era suficiente para saborear lo desconocido.

Para querer exactamente lo que no tenían.

Si se hubiera extendido dura e impenetrable como las rocas, intransparente como la arena y la tierra, tal vez nunca hubieran conocido lo que perdían, nunca habrían pedido aprender algo más.

Ese límite común, entonces, tenían que nombrarlo de alguna forma.

Pero cada nombre parecía no ser adecuado. Lo que proponía uno lo rechazaba el otro. Y no llegaban al final a ningún acuerdo.

«¿Por qué no simplemente línea?» pregunto Iásonas en un momento.

— Es demasiado simple...

— ¿Línea de separación?

— Es demasiado grande...

— ¿DeltaGamma? ¿Para recordarnos a nosotros mismos?

— ...

Alejandra aceptó sonriente. Tan simple para que les recordara a los dos: **Delfín** — **Gaviota**.

Así empezaron otra vez.

Viajaban paralelamente a la línea de separación de ellos mismos y de sus mundos.

Paralelamente a DeltaGamma.

Tal vez ahora que habían nombrado su límite, ahora que ya sabían cuál era, quizás ahora podrían vencerlo.

* * *

Tenían suerte.

Más o menos en la ruta que seguían —muy poco, casi imperceptiblemente, más a la derecha— se veía ahora una isla.

Un seguro refugio para la noche que se acercaba, mientras el sol débilmente dorado bajaba hacia el mar.

Llegando cerca de ella vieron las enormes rocas que se alzaban majestuosas.

Ellas doradas también, coloreadas con luz.

La tierra emergía bruscamente al principio, rota en los extremos, para continuar después normalmente, ondulada, antes de levantarse otra vez sin obstáculo hasta la cumbre plana de la isla. Hacia ella se dirigía Alejandra.

La veía volar.

Un punto blanco se deslizaba en el viento, sin darle importancia a las masas de piedra.

Volaba cada vez más alto, pasando las onduladas alturas, las rocas bruscamente empinadas, la cumbre calmada.

Se había perdido detrás de las montañas.

El sol al ponerse transformaba la atmósfera entre las laderas en una extraña niebla.

Dentro de ella, colores y sonidos se perdían, los movimientos se hacían más lentos, todo se convertía en otra sombra sin importancia.

Su figura solo se distinguía al volar encima de las pequeñas casas.

Y su grito se reforzó sin esperarlo por el sonido del difundido silencio.

Se extendió por todas partes, inundando el espacio, golpeó como una ola las rocas de alrededor, antes de regresar a su origen, antes de encarcelarse y desvanecerse en la calma de esa niebla...

Voló después hacia atrás, a la cumbre llana.

...

Se dirigieron al otro lado de la isla, cuando el sol ya se había puesto.

Llegaron a la orilla del pequeño golfo avanzando en la oscuridad.

Allí, delante del pueblo, delante de la luz tenue de ventanas olvidadas medio abiertas, se durmieron cansados.

* * *

Se despertaron por el ruido de un barco de pesca que recogía las redes. Avanzaba jadeosamente y su sonido intenso viajaba por el mar y el cielo.

Detrás de él lo siguió una nube de gaviotas.

Entre gritos y golpes —determinando su ruta por la ruta de las otras gaviotas— se sumergían hambrientas hacia los peces que subían a la superficie del mar o hacia los que se tiraban como basura desde la embarcación.

Se acercó a Iásonas, tan pronto como él apareció en la DeltaGamma.

El día ya había empezado.

...

Vieron el pueblo extenderse en la ladera, blanco, lleno de luz.

Avanzaron después por el golfo rocoso hacia éste, allí donde las piedras encontraban una playa arenosa. Todo parecía calmado pues era todavía de mañana.

Alejandra voló otra vez encima de las pequeñas casas, antes de dirigirse hacia la barca y las gaviotas.

Iásonas, por el contrario, se quedó un poco más en la superficie cerca del pueblo contemplando las casas con macetas y zonas verdes, con ventanas azul cielo y balcones con baranda-

les. Mirando las callecitas con escalones de piedra, las iglesias de calcio con altos campanarios...

Luego desapareció para investigar su mundo. Aunque no se aproximó al barco de pesca.

...

Volaba un poco más atrás de la bandada, no mucho más alto que ella.

Le parecía extraño que todas esas gaviotas lucharan tanto por alimento cuando alrededor de ellas se encontraba el mar. Se quedó entonces viéndolas con emociones mezcladas.

Pues, sin esperarlo, una de ellas se alejó del grupo y comenzó a volar hacia su sitio.

«Buenos días», le dijo amablemente la gaviota desconocida justo al llegar cerca de ella.

— ¡Buenos días!

«¿Eres de aquí?», preguntó a continuación. «Pienso que no te he visto otra vez en la isla...»

— Sólo estoy de paso. Venimos de una isla bastante alejada. Vamos hacia tierra.

— ¿«Vienen»? ¿Estás con otras gaviotas?

Alejandra sonrió sin pensarlo.

— No exactamente...

...

«¡No he visto nunca antes un gemelo tan extraño!» confesó en broma Pedro, nadando entre los dos amigos.

— ¿Vives aquí o vienes tú también de otro lugar?

— Aquí nací y aquí he vivido casi toda mi vida. Es una isla muy bonita. De vez en cuando he volado a tierra, pero siempre vuelvo a regresar. Aquí se encuentran mis amigos, mis familiares.

Evitaron — tal vez sin saber la razón— preguntar cualquier cosa sobre la tierra...

«¿Qué son de verdad estas casas blancas más grandes?» dijo Iásonas entonces quizás cambiando la conversación.

Miraron el pueblo.

Alejandra se extrañó de que su compañero hubiera notado lo que ella misma desde lo alto no se había dado cuenta hasta ahora.

«¿No sabéis?»

«Cada una de estas grandes casas blancas, es la casa de Dios», respondió Pedro.

Un momento de confusión siguió.

— ¿El dios de las gaviotas?

«¿O tal vez el dios de los delfines?» completó el delfín.

Pareció como si estuviera esperando esa pregunta.

«No hay dios de las gaviotas ni de los delfines» les dijo tranquilamente.

«No hay ni siquiera dios de los hombres. Hay sólo un Dios. No importan los nombres.

Estas casas blancas son sus casas.»

«¿Y vive en una de ellas?» insistió Alejandra.

Pedro sonrió con comprensión.

— Vive en todas. En ellas y dentro de nosotros. Vive en las nubes. En el mar. En el más pequeño de los granos de arena.

Él, creó todas las cosas. Todo lo que está a nuestro alrededor.

Él sabe todo. Lo de antes, lo de ahora, lo de mañana...

Por lo malo que hacemos en nuestra vida seremos castigados. Por lo bueno seremos recompensados.

Él nos juzgará al irnos...

En su vista estaba difundida la misma calma que había en su discurso.

...

— ¿Por qué?

«¿Qué quieres decir ‘¿por qué?’», contestó volteando y mirando a Iásonas.

— ¿Por qué es él el que nos va a juzgar?

— Porque somos suyos. Le pertenecemos.
Él nos creó...

— ¿Por qué?

— ‘¿por qué?.. ¿por qué?..’

No preguntéis el porqué. Quien cree en Él, no pregunta el porqué.

— ¿Por qué?

«¡Ya que Él sabe, nosotros no!», dijo sorprendido de que tenía que explicar a alguien las cosas más simples del mundo.

«Perdonadme ahora», añadió, «pero es hora de irme.»

Golpeando sus alas se elevó un poco más arriba de los dos viajeros. Los miró otra vez con serenidad.

«Creed en Él, amigos», les dijo.

«Quiere siempre vuestro bienestar.»

La barca de madera, habiendo recogido las redes, se acercaba al muelle en la orilla del pueblo.

Voló de nuevo hacia este.

«Quiere siempre nuestro bien...», repitió Alejandra pensativa.

«Lo mismo querían siempre mis padres.»

«Sin embargo nunca, quizás, entendieron cuál era.»

...

Se fueron al mar abierto.

Detrás de ellos la barca se amarraba al muelle.

* * *

La isla que encontraron ya se había perdido y la tierra firme parecía menos lejana.

El cielo encima de ellos cubierto completamente de nubes en todas las tonalidades de gris. El mar quieto, gris también.

Los dos, dos figuras perdidas en un mundo de cristal, un día tan silencioso e incoloro. Un día en el que los límites entre el cielo y el mar parecían desvanecerse...

Viajaban paralelamente. Como si fueran cada uno el reflejo del otro en el espejo infinito de DeltaGamma.

Estaban juntos. Y mientras estaban juntos existirían paralelamente; se moverían simultáneamente en dos mundos, en el mar y en el cielo, como un ser, como una totalidad.

Eran prototipos y reflejos al mismo instante. Vivían por tanto en los dos lados del espejo.

...

Brincó a lo alto.

Todo lo que podía.

Después se detuvo en el aire y empezó a bajar, cayéndose finalmente al agua, con la cola.

Entonces Alejandra subió al cielo.

Bajando en realidad mucho más rápido de lo que a lo mejor parecía, giró levemente sus alas medioabiertas.

Empezó así una vuelta prolongada que terminó en un círculo completo, antes de que siguiera volando normalmente una vez más.

Iásonas intentó algo semejante. Saltó al aire y haciendo una vuelta completa, se echó otra vez un clavado al mar.

...

Flotaban ahora uno al lado del otro, solos sobre DeltaGamma.

Era seguro que estaban agotados y sus juegos, aún cuando duraran un poco, los habían cansado más. Lo sabían antes de empezarlos pero esto no los paraba. De todas maneras, tal vez de esta forma conseguirían desentumecerse de la rutina de los movimientos del viaje.

Flotaban uno al lado del otro, solos sobre DeltaGamma. Dos pinceladas grises, dejadas en algún lugar del mar.

...

«¿Has escuchado algo?» preguntó Iásonas, rompiendo el silencio.

— No. ¿Escuchar qué?

— Me pareció oír un ruido desde lejos.

Tan pronto como había terminado la frase, se oyó el mismo sonido de nuevo. Esta vez lo escuchó también Alejandra.

Subió rápido al cielo. Más allá, cerca de tierra firme, las nubes se habían espesado más, se habían hecho aún más oscuras.

«¡Viene una tormenta!», le gritó a Iásonas mientras se dirigía a su lado. «Tengo que avanzar adelante...»

Él pareció dos veces más nervioso.

«¡Vuela rápido! No te tardes... ¡Vete ahora! ¡Vete!»

...

Volaba muy cerca de la superficie, moviendo con destreza las alas, aumentando continuamente la velocidad. El mar se rayaba poco a poco por las corrientes que nacían.

Volaba increíblemente rápido. Se iba como el viento. Él no obstante parecía que tenía una opinión contraria...

Se vio obligada a subir más alto, ya que las olas empezaron a crecer. El aire se fortalecía continuamente, cambiando dirección por ratos. El olor de la lluvia la envolvía ya.

La tarde se convirtió en noche.

La noche se hizo día por el brillo de los relámpagos.

Seguía avanzando, a pesar de la lluvia que bajaba como una ola.

...

Nadaba en la superficie. Un delfín en contra del espumoso mar.

Saltaba a lo alto, así como podía, deslizándose encima de las olas. Esperando que algún trueno le diera luz una vez más al mar.

...

Tierra firme estaba muy cerca ahora. Y el viento por fin había vuelto a su favor.

Pero la lluvia siempre se hacía más fuerte. Y sus alas la habían traicionado...

Se cayó agotada al agua.

* * *

El sol brillaba ya en un tranquilo cielo. El mar calmado, bruscamente sereno como si no se hubiera despertado nunca.

Pero las rocas indicaban que algo había sucedido la noche anterior.

La tierra todavía olía a lluvia...

Todo el día gritaba su nombre. Todo el día.

Veía con cuidado las rocas. Calculaba que no debería de estar muy lejos del punto que estaba buscando. Entonces seguía buscando.

Preguntaba a las gaviotas que se encontraba si la habían visto. Les rogaba que la buscaran con él, que miraran, que lo ayudaran.

Pero ellas tenían otras cosas que hacer. Abandonaban brevemente sus esfuerzos e iban al mar abierto para encontrar alimento.

La mañana se hizo tarde. La tarde también avanzó.

Después vino otra vez la noche.

Se quedó sólo viendo las rocas mientras la luna echaba su sombra en el mar.

Escuchó —como si lo hubiera imaginado— un sonido débil que venía desde muy lejos. Paró casi de respirar y escuchó con atención el silencio. Oyó entonces el mismo sonido.

Cómo susurro en la noche se oía lejos, viajando sobre DeltaGamma. Alguien gritaba su nombre.

No sabía si había respondido con fuerza o no. Sabía únicamente que nadaba una vez más. Que el romper de las aguas había adquirido sentido otra vez.

Que nadaba otra vez por ella.

* * *

Un nuevo día empezaba...

Nadando cerca de la roca en la que estaba, la veía dormir.
El mar había enjuagado sus alas. Y la sal había cuidado sus heridas.

Abrió los ojos. Sólo entonces se le aproximó.
— ¿Tienes dolor?
— No tanto.

Su cuerpo estaba pelado. Las olas la habían golpeado muchas veces en las rocas hasta que finalmente la echaron a alguna de ellas.

Intentó abrir las alas pero se detuvo por el dolor intenso de su ala derecha.

— ¿Se ha roto?
— No lo creo... No podría moverla para nada.
Tal vez se haya rajado. O algún hueso haya salido fuera de su lugar. O simplemente sea el dolor del golpe.
No lo sé...
Pero no puedo volar.

— No te preocupes Alejandra. Todo irá bien...

Los días venideros pasaron más rápido de lo que hubieran esperado.

Subía con torpeza a las peñas más altas en los días de fuerte oleaje. Se caía con torpeza al agua y nadaba en los días cuando el mar perdía su fuerza.

Avanzaban juntos conversando.

Avanzaban lentamente y cuando se cansaba, paraba para descansar en la roca más plana y cercana.

Íasonas le traía entonces pedazos del fondo.

Le traía las conchas más hermosas que encontraba, pequeñas y grandes, duras o frágiles sujetándolas con cuidado en el hocico. Le llevaba esponjas de todos tipos, pedazos de corales de diversas formas y colores.

Los dejaban sobre las rocas a la orilla del agua, allí donde el mar fácilmente podría arrastrar de nuevo en su interior lo que le pertenecía.

Siguieron después avanzando, paralelamente a la tierra.

...

Nadaba delante de ella, dando vueltas continuamente con el cuerpo, de la misma manera que Alejandra giraba cuando hacía clavados en el mar.

Otras veces estaba parado espectacularmente casi por completo fuera del agua, apoyándose solamente en su cola.

O, por el contrario, se escondía totalmente, dejando sólo su cola fuera de DeltaGamma saludando a su amiga.

Y cuando ella se lo pedía, brincaría alto —tan alto como podía— antes de que el mar le arrastrara de nuevo en su interior.

Podía ahora desplegar el ala o subirla y bajarla sin ningún dolor en particular.

...

De roca en roca oía a Iásonas hablarle sin parar sobre la vida en el mar, pedirle que le enseñara otras cosas sobre la vida en la tierra.

De roca en roca escuchaba a Iásonas describirle las cosas singulares del fondo del mar que ella misma no podía ver.

La barca hundida en las aguas más profundas, con el mástil roto y la quilla podrida. El interior de la pequeña cueva con la aterradora apertura negra. El barranco que se caía directamente en el mar — enorme, lleno de oscuridad.

Y en casi todos sus paseos Iásonas encontraría algo diferente que podía llevarle a su amiga...

Nunca antes una gaviota había conocido tanto sobre la gran parte azul del planeta.

Nunca antes quizás, un delfín había conocido tanto sobre la belleza de cada detalle del mar.

...

Por un poco más de tiempo Alejandra seguiría alimentándose con los peces que Iásonas tiraba a tierra con un movimiento brusco de su cabeza. O con pescados más pequeños que tomaba ella misma del interior de la boca de su amigo.

No existía vergüenza. No existía obligación.

Después de todo no eran dos seres extraños. Eran tan sólo dos aspectos de una voluntad.

De la voluntad de explorar un mundo más allá de lo que alcanza la vista.

...

Volaba con las alas de nuevo abiertas, indiferente al viento que se fortalecía...

* * *

Se separaron en la desembocadura del gran río.

Desde lo alto podías creer, si lo querías, que no era el río que se vertía en el mar; era el mar el que penetraba en la tierra, rayándola.

Alejandra seguiría el río hasta su origen. Íasonas continuaría nadando más o menos en los límites de tierra y mar hasta el faro que se encendía por las noches lejos de ellos.

En ese faro se encontrarían una vez más.

...

Cerca de aquel faro viejo de piedra, Alejandra describiría lo que ella misma hacía poco tiempo había enfrentado por primera vez.

Un río azul que se deslizaba dentro de la vegetación verde.

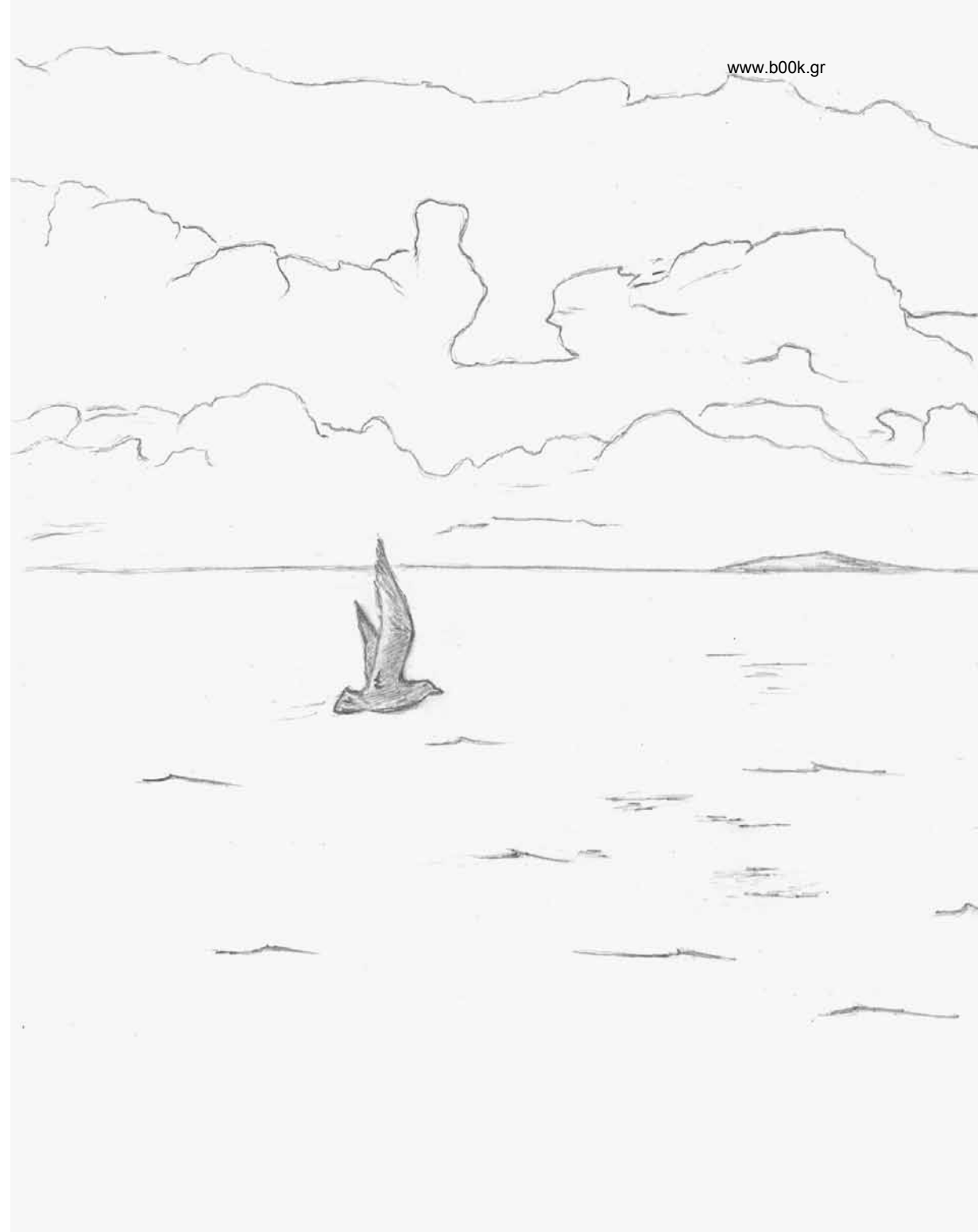
Una catarata blanca ruidosa que escondía en su niebla varios arcos iris.

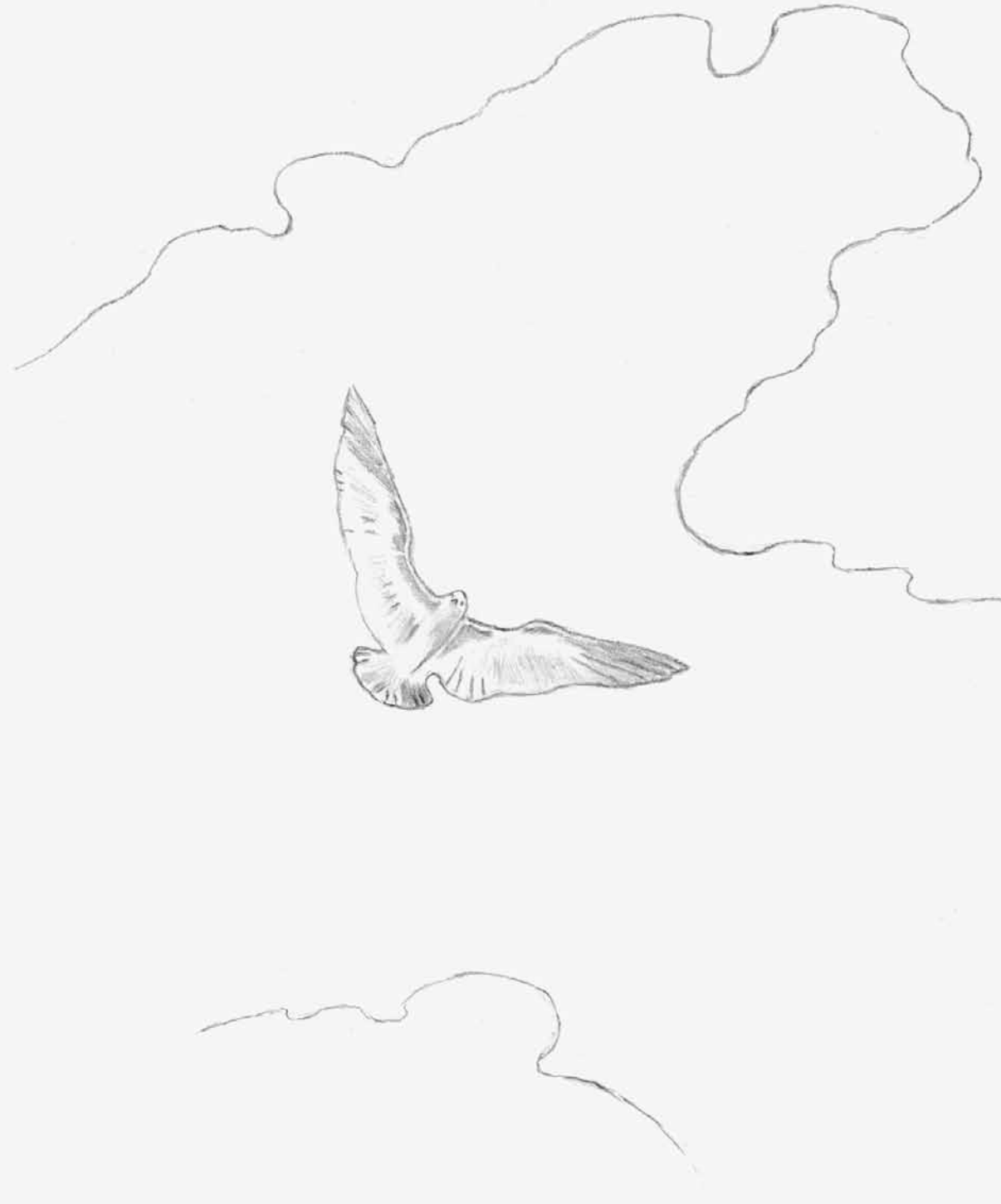
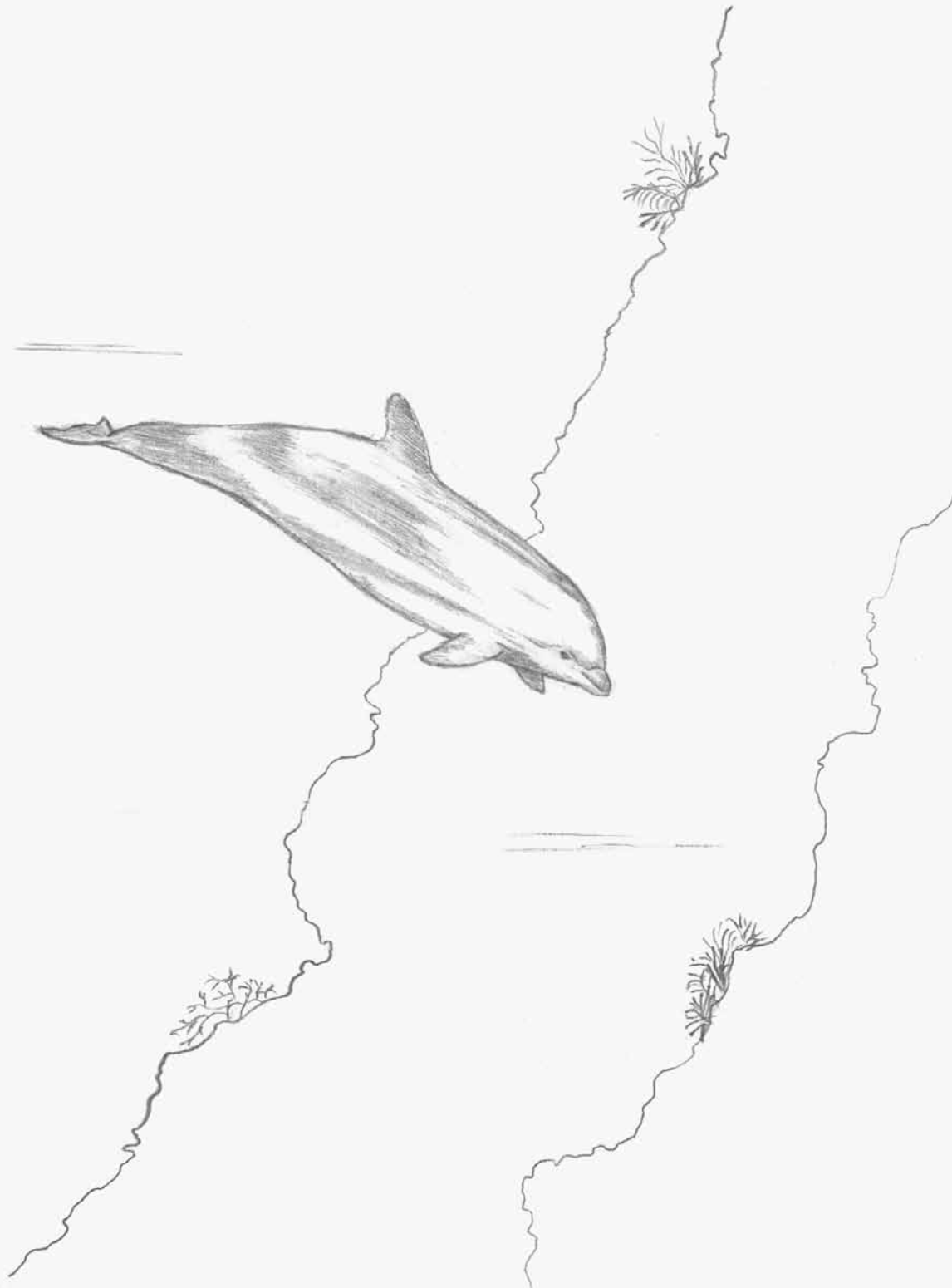
Describiría nubes caídas en lagos— espejos.

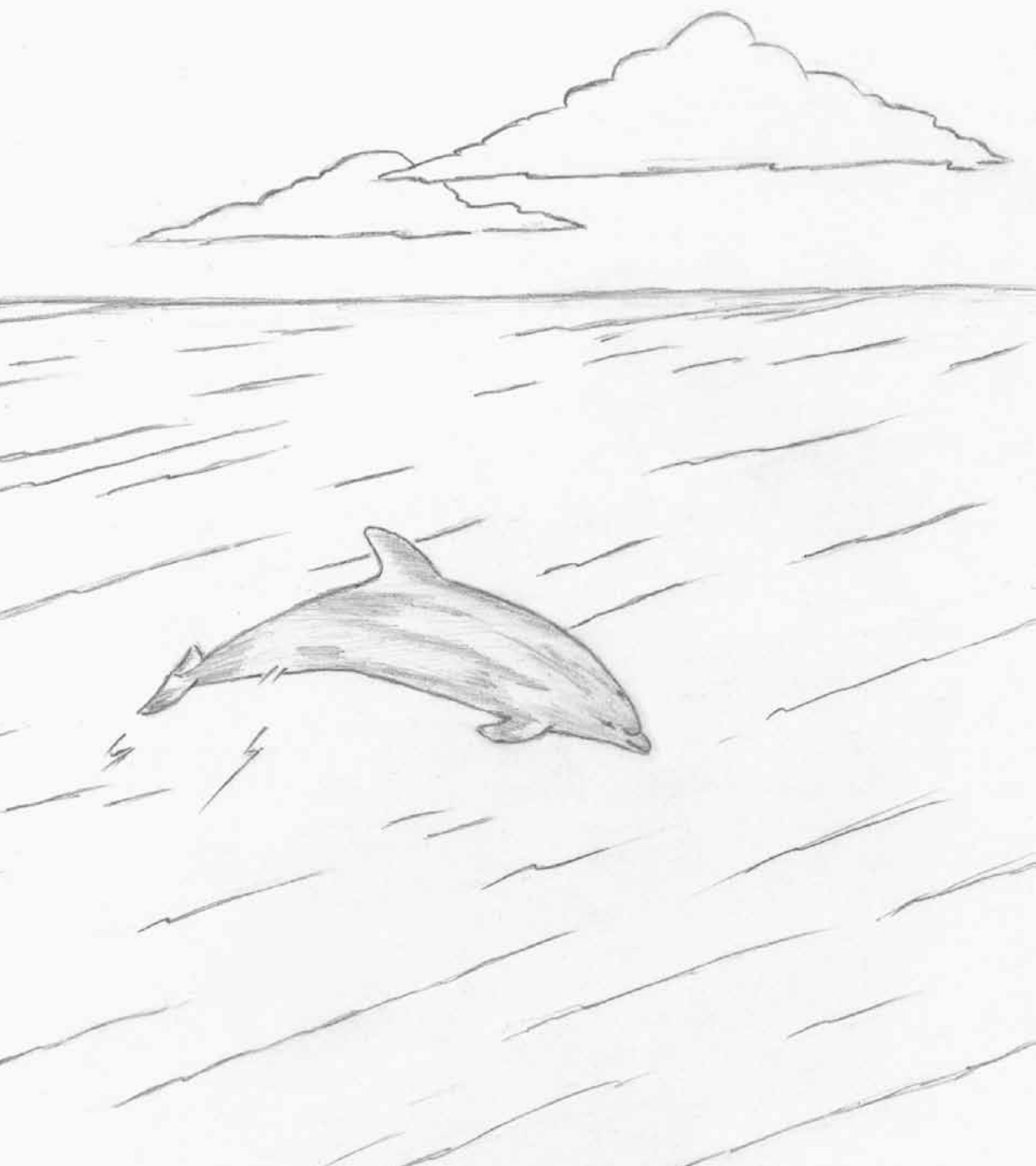
Nieve que yacía en montañas heladas.

Cerca del faro viejo los dos viajeros se transmitirían una vez más sus conocimientos. Se transmitirían sus sensaciones.

Compartirían, así, los mismos recuerdos.







* * *

¡Las había visto!

Extendían su delgado cuerpo en el mar.

Pero eran por seguro lo más peligroso. Porque eran invisibles para él. Y se dirigía sin preocupación todo recto hacia ellas.

Sus sentidos se hicieron más afilados de repente.

Dejó su cuerpo caer en el vacío. Habiendo reducido bastante la altura de donde se encontraba, bajó la velocidad de su caída, girando con habilidad sus alas.

...

Volaba ahora un poco atrás de Iásonas. Gritaba ahora su nombre. Pero la sombra que nadaba debajo de la superficie continuaba con la misma velocidad.

Bajó un poco más, tanto que sus alas casi tocaban DeltaGamma. Todavía volaba más atrás que Iásonas. Una y otra vez gritaba su nombre.

Lógicamente subiría de un momento a otro para respirar. Pero no podía esperar más; las redes ya parecían estar muy cerca.

Empezó a volar más rápidamente, pasándolo.

Después, sin disminuir la velocidad, subió un poco más alto, volteó al instante su cuerpo y dió un clavado vertical en el agua.

...

Cerrando la curva que había comenzado para evitarla, se aproximaba nuevamente a su amiga.

Era algo más que una sorpresa. Casi habían estado a punto de chocar.

Parados algunos metros lejos de la red, la observaban en silencio.

Primero habló Iásonas.

— Gracias.

Alejandra, todavía nerviosa, sonrió abiertamente.

«Has visto», dijo, «¡qué hermoso es tener una gaviota que te cuida!»

«Lo he visto...», respondió, sonriendo él también.

«...Es una pena no obstante, que otros no la tuvieran...»

Quitando la vista de las redes se volteó y lo miró. Él le devolvió una mirada culpable.

«Es verdad», admitió, «que no te hablé nunca de mis padres.»

Hasta aquel día Alejandra pensaba que los padres de Iásonas se encontraban entre los demás delfines de su grupo.

«Era muy pequeño entonces, recuerdo...»

«Nadábamos juntos cerca de las costas, pero yo me quedé por un momento un poco atrás. Jugaba con una gran medusa café cuando escuché sus gritos...»

«Estaban atrapados los dos... No muy lejos uno del otro. No muy debajo de la superficie.

Intentaban huir. Cortar la red con sus dientes.»

«En el instante que me vieron empezaron otra vez a gritar. Me gritaban que parara.

Y cuando finalmente paré me gritaron que me fuera. Que me fuera lejos. Que no volviera atrás. Que no mirara atrás. Que me volteara simplemente y que me fuera, tan rápido como pudiera.»

«Me quede ahí como una piedra.»

«Después me volteé y me fui.

Sin mirar atrás.»

...

«Desde entonces no me acerqué de nuevo a las costas. No me acerqué a los seres humanos.

Me fui a alta mar. Allí encontré a los otros delfines. Allí crecí...

Entre el mar abierto y las islas de gaviotas.»

«Acostumbraban, recuerdo, a decirme que mis padres no estaban muertos, que aún vivían en algún lugar en el mar.»

«Recuerdo que entonces les creía, Alejandra.»
«Quizá ellos lo creen todavía...»

«De todas maneras», dijo después.
«Nadie vive para siempre. Y es mejor supongo, que lo entendí bastante temprano.»

...

Continuaron sin hablar por algún rato. Pero los sentimientos piden muchas veces expresarse con palabras...

— ¿Te arrepentiste alguna vez de haberte ido? ¿De que nos fuéramos?

Sin esperar respuesta volvió a preguntar.
— ¿Has pensado alguna vez por qué te fuiste?

Iásonas invirtió la pregunta inesperadamente.
— Y tú ¿por qué lo hiciste?

«No lo sé», contestó Alejandra.
«No lo sé con seguridad.»
«Conocía tan poco... Había tanto que aprender... Pero las otras gaviotas no me entendían.
Creo que ocurriría algún día... Me iría cualquier día, aunque fuera sola...»

«¿Y tú?»

— Yo no sé, Alejandra, si me fui alguna vez. Quizás nunca hubiera pertenecido a ninguna parte. Nunca he sentido que realmente pertenezco a mi grupo. Que pertenezco a algún lugar...

...

No soplaba el viento esa mañana. Sin embargo el agua parecía que palpitaba como si tuviera vida.

— ...Tal vez tiene la culpa el mismo mar. Que pertenece a todos y no obstante nunca puedes tenerlo para ti.

— Quién sabe, Iásonas...
Tal vez así sea preferible...

Eran libres de elegir estar juntos. Continuar juntos su viaje eterno.

* * *

Esperaba en la orilla arenosa del golfo desde hacía rato. Hasta que finalmente la vio llegar.

Bajó a su lado.

Parecía nerviosa. Parecía que escondía algo dentro de sí misma.

«Fue el peor día de mi vida», dijo en voz baja y sus ojos se nublaron de improviso.

«¿Qué ocurrió? ¿Qué ocurrió Alejandra?»

Parecía que por un instante no supo cómo empezar.

«Detrás de la montaña», dijo finalmente, «muy detrás de estas montañas, perdido en la tierra y sin embargo tan cerca del mar, se encuentra un vertedero de basura. Un sitio lleno de basura. Un lugar horrible. Hoy he estado allí...»

«¿Pues?»

Se paró para tomar sólo un poco de aire antes de seguir con la misma agitación.

Lo más horrible de todo, peor que tanta basura, que el olor caliente de la carne podrida, es que viven ahí gaviotas.

¿Lo entiendes Iásonas?

Gaviotas.»

«Que se alimentan de esa basura. De pedazos de carne y pan tirados. De desperdicios de alimentos humanos...»

«Gaviotas a las que no les molesta el olor. Que ya no les molestan los montones interminables. Que han aprendido a vivir así.

A volar abajo, lejos de los cielos. Aves de mar que vuelan lejos del mar. Que ya lo han olvidado.

Era simplemente una fuente de alimento. Y podían alimentarse tan fácilmente aquí...»

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

«Por un momento me he encontrado volando entre ellos; una banda de gaviotas listas para agarrar el montón que llegaba.

En ese momento en el que esperaban con impaciencia el nuevo montón, que se aventaban en grupo a la nueva basura traída para ser los primeros en pillar algún pedazo de comida... En aquel momento me sentí tan pequeña. Impotente. Inexistente.

Incapaz de hablar. Incapaz de decir una palabra.»

...

De improviso su cara se calmó. La carga emocional se perdió. Su vista parecía ver el vacío y su voz tomó una uniformidad extraña.

«No podría nunca convencerlos, Iásonas. Lo sentía. Lo sabía...

Veía que cada uno de mis esfuerzos sería en balde; condenado desde antes.

Aunque quería tanto ayudarlos a ver...

Que vieran por ellos mismos.

Recordarles que no basta el alimento. Que no basta únicamente vivir. Y así poder otra vez vivir. Recomenzar a vivir, Iásonas.

Empezar una vez más a pensar sobre el mundo alrededor de ellos... Sobre ellos mismos...»

«Pero me quedé ahí muda. No podía decir nada. No podría nunca convencerlos.

Como entonces...

En la isla donde nací. Con las gaviotas con las que crecí.

No pude, no intenté jamás convencerlos con palabras. No es algo que se pueda comprobar, ves. Que puedas explicar moviendo el pico y tus alas.»

Hablaba como si se hablara a si misma...

«He sido siempre para ellos una extraña, solitaria gaviota, Iásonas.

No han sentido nunca que yo quería únicamente aprender a pensar. Ellos perseguían la comida. Persegúan el hoy y olvidaban el mañana.

Pero yo simplemente no podía vivir así. Tenía que saber sobre mí. Sobre el cielo y el mar.

Me quedé, entonces, volando sola. Sola, aunque no lo hubiera querido nunca...

Sin embargo me gustaba volar a lo alto encima de aquella isla pequeña.

Y cuando vuelas a lo alto todo parecen detalles.

Importante entonces parece solamente el volar alto, amigo. Volar tan alto como sea posible.»

«Si algo podía hacer por ellos y por mí, si algo finalmente he elegido hacer Iásonas, ha sido ser simplemente yo misma...

Que no finja que soy alguna otra gaviota.

Atreverme a existir.»

«No obstante no habría podido nunca convencerlos. Ni a ellos, ni a las gaviotas en el vertedero de basura.

Me preguntarían ‘¿por qué?’ y no sabría que responder. Cómo describir el sentimiento de volar a gaviotas que parece que olvidaron que tienen alas. Que buscan en vano encontrar alas ajenas.

Me preguntarían la razón de ser diferente y no podría describir el momento en el que eres indiferente al aire, que no te puede arrastrar.

Y cuando al final me preguntaran que quedaría, ¿cómo les diría que al final no nos queda nada jamás, Iásonas?

¿Cómo decirles que no hay intercambios?»

Iásonas se había callado desde hacía un largo rato. Las frases que escuchaba le recordaban quizá a un delfín que miraba el sol al ponerse. Un delfín que buscaba la luz cuando a su alrededor había oscuridad.

Así al hablar tenía la misma triste uniformidad en su voz, las mismas imágenes vacías en sus ojos.

«Nunca podremos convencer a nadie, Alejandra.

Si tuviéramos miles de vidas tal vez... Si tuviésemos mil maneras de pensar...

Si hubiera alguna forma de comenzar de nuevo en nuestro interior, cada uno de nosotros. El mundo entonces sería mejor. Las gaviotas y los delfines, todos los seres que llegaran, vivirían ya desde el primer día.

La vida no sería pérdida de tiempo.»

«Pero no podemos nunca convencer a nadie, Alejandra.

Tú y yo no podríamos jamás decir mentiras hermosas. Y el miedo a la verdad existe en todos. El poder pensar no obstante no se enseña amigo, lo sabemos. El pensamiento nunca se transfiere.

Simplemente nace, quizá como una chispa, un instante dentro de nosotros. Lo dejamos cargarse, o lo cubrimos con cenizas...»

«Tal vez no se necesite nunca convencer a nadie Alejandra. Nos convencemos a nosotros mismos.»

Alejandra extendió las alas.

Abrazó fuertemente a su compañero, hundiendo levemente su cuerpo en el agua.

«Tengo tanta suerte de tenerte a ti», dijo en voz baja. «Es tan raro encontrar a alguien que piense. Que dude de lo que en algún tiempo le dijeron los otros.»

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

«Antes de encontrarte pensaba que estaba sola en el mundo. Me sentía sola, pero tenía que existir...

Teníamos que existir...

Para poder quizás — quién lo pudiera saber— algún día encontrarnos.»

Se hallaban juntos, encima exactamente de DeltaGamma, en contra de la soledad de dos mundos infinitos.

No se llenaron de lágrimas por ellos mismos. No más.

Tenían lágrimas por aquellos que no podrían tal vez llorar. Cuando aprendes a pensar sin compromisos, puedes ya amar sin límites.

Puedes llenarte de lágrimas por los otros. Puedes incluso volar, nadar para los otros. Puedes entonces sentir sus propios sentimientos.

Y no existes más para ti mismo únicamente. Existes para todos.

Para aquellos que no conoces, para aquellos que tal vez nunca te conocerán.

Cuando amas.

Alejandra miró la superficie del mar.

«¿Cómo hablarles, Iásonas? ¿Cómo les digo que aquello que se encontraba a su alrededor era basura, si ellos mismos la llamaban alimento?

Si la palabra ‘basura’ no existía para ellos. Pues, aún si existiera, habían olvidado desde hacía tiempo su significado.

Pues lo habían, así simplemente, sustituido. Por lo contrario exactamente...»

Sonrió con torpeza a su reflejo sobre el agua.

«A lo mejor también la isla en donde crecí, y la isla con las casas blancas que conocimos, y la barca de pescar con las gaviotas que la perseguían... A lo mejor todo era un vertedero de basura.

Pero nosotros no lo veíamos.»

Iásonas continuó una frase que no tenía que terminar allí.

«Tal vez ahora también nos encontremos en un vertedero de basura similar Alejandra, pero no queremos abrir nuestros ojos...»

Sus vistas se empañaron tanto que el mar parecía desvanecerse.

«No existe una línea de separación Alejandra. No existe una DeltaGamma.

Hay muchas. Y nos guardan prisioneros. Solo que ellas no podemos verlas. No queremos enfrentarlas...»

...

«Vemos siempre lo que queremos ver, amiga. Y podemos si queremos ver todo.

En un instante...»

«O no ver nunca nada...»

Sus ojos se limpiaron ya que sus lágrimas cayeron al mar.

* * *

Los años pasaron con tranquilidad.

Alejandra y Iásonas no eran aquellos que habían dejado alguna vez una isla rocosa perdida en el mar. Habían cambiado.

Habían cambiado tanto, como cambia un adolescente que se convierte en gaviota. Un adolescente que se convierte en delfín.

No obstante, podías distinguir en ellos algunas de aquellas viejas características. Y tenían todavía la misma expresión de búsqueda en su vista.

No había, sin embargo, otro delfín que supiera tanto como él.

Sobre frutos, árboles y flores. Sobre lagos y ríos. Sobre cataratas, fuegos y volcanes, acantilados y desfiladeros. Sobre las estaciones, la lluvia y la nieve. Sobre las nubes. Sobre la tierra, las islas y el mar cuando vuelas alto. Sobre la sensación de volar.

No había otra gaviota que supiera tanto como ella.

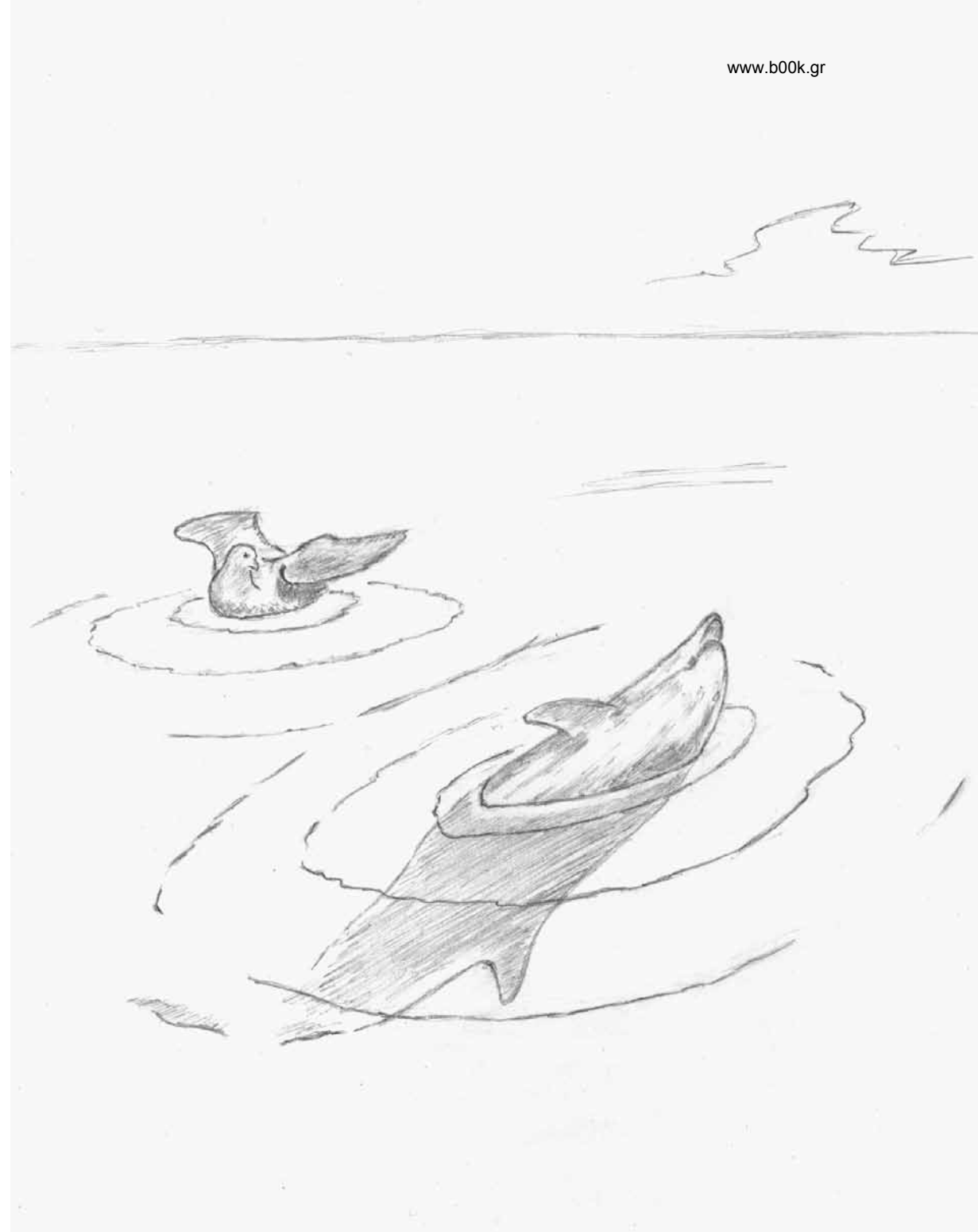
Sobre esponjas, corales y conchas. Sobre las profundidades. Sobre remolinos en el agua y corrientes marinas. Sobre peces y cetáceos. Sobre naufragios. Sobre cuevas y barrancos. Sobre la sensación de nadar. La emoción de saltar con ímpetu en el aire.

No había otro delfín ni otra gaviota que supieran tanto sobre sus propios mundos. Los habían conocido intentando conocer el uno el mundo del otro.

No había otro delfín ni otra gaviota que supieran tanto sobre ellos mismos.

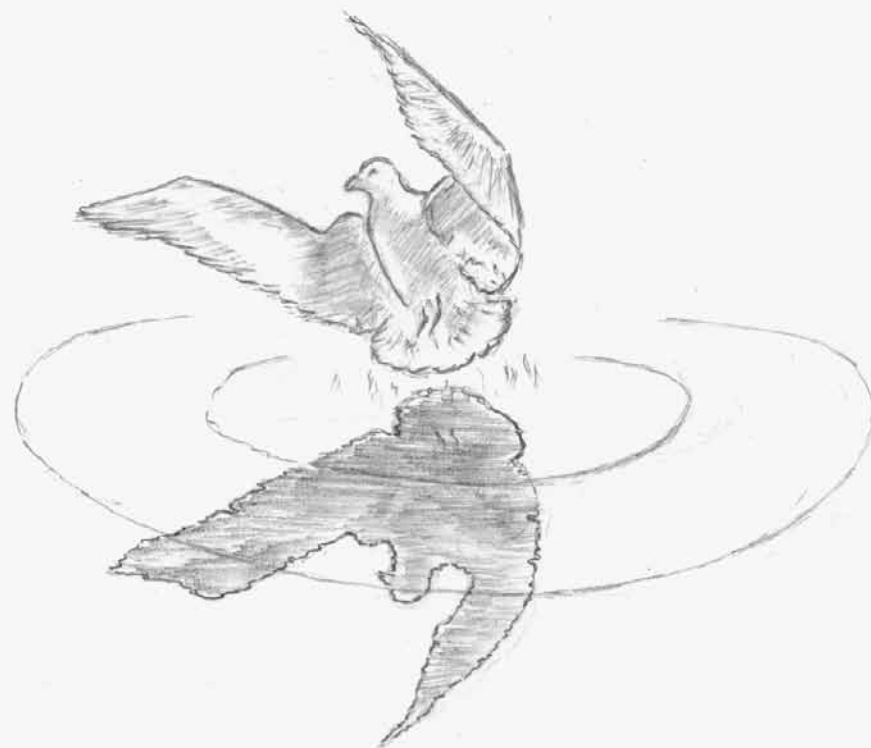
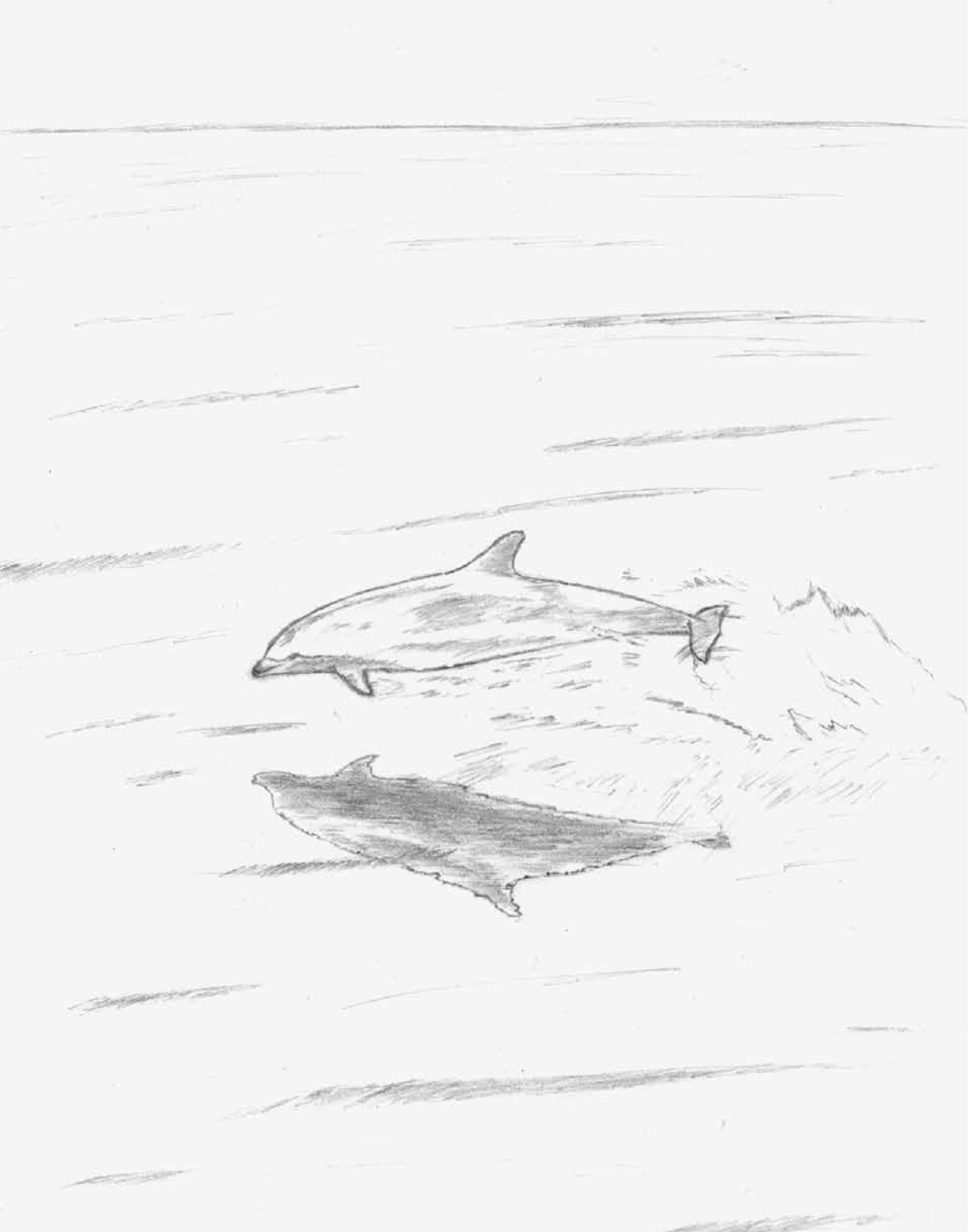
Conocían sus capacidades, quiénes eran y dónde se encontraban. Lo comprometidos que estaban a una parte mínima de la totalidad. Lo enganchados que estaban a «algo».

Pero ahora ya tenían el orgullo de haber vivido. De haber resistido ser diferentes en la existencia.













* * *

No sabían qué exactamente, pero algo les había llamado la atención en esta isla pequeña, desierta de gaviotas. Alejada de la tierra.

Es seguro que no se parecía a ninguna de las que habían encontrado. Todas las islas anteriores parecían que flotaban en el mar, pero ésta...

Mirándola desde un lado, una de sus partes se cortaba bruscamente cayéndose dentro el agua. El resto de la isla bajaba suavemente a todo su largo, antes de perderse, finalmente, debajo de DeltaGamma.

Aquella isla no se parecía a ninguna otra; era como si se hundiera en el mar.

O como si alguna vez hubiera empezado a hundirse hasta tocar las profundidades y quedarse allí, entre dos mundos.

Que los une para siempre. Que pertenece a los dos y que ya no pertenece a ninguno de ellos.

...

Estaba parado en la única cumbre, a la orilla de la isla seca, en algún lugar entre el cielo, la tierra y el mar. Miraba el mar abierto cuando Iásonas le gritó que se acercara.

«¿Has pensado alguna vez que nuestros mundos no son más que dos mundos continuos?» le preguntó.

«¿Uno encima del otro?»

No lo había pensado nunca. Como tantas cosas que nunca piensas. Tal vez porque no tienen importancia.

«Parecen tan diferentes Alejandra», continuó, «pero son dos mundos casi iguales.»

«Son simplemente dos mundos uno sobre el otro. Con agua en lugar del aire. Con peces en lugar de pájaros.

Son simplemente dos caras del mismo mundo.»

— ...

— ¿Has pensado alguna vez que pueden existir mundos más arriba del cielo? ¿Mundos más abajo del mar? ¿Que nuestra vista se detiene antes de encontrarlos?

...

Empezando desde algún lugar entre el cielo la tierra y el mar, abría sus alas al mundo que conocía mejor; su propio mundo.

Volaba casi verticalmente a DeltaGamma. Volaba más alto que cualquier otra vez.

Mucho más alto que las nubes. Las veía abajo, echando su sombra en el mar. Y la isla pequeña de donde había comenzado no era visible, como si se hubiera hundido por fin en el agua.

Tenía frío. Aún así seguía subiendo. Respiraba con dificultad. Su ala derecha le dolía por el cansancio y el frío helado — algunas heridas, finalmente, no pueden curarse.

Si no paraba ahora en unos momentos se caería. Y entonces, a lo mejor no podría controlar su caída.

...

Por una vez más estaban uno al lado del otro. Cerca de ellos la isla se encontraba allí donde siempre se hallaba.

Se había sumergido casi verticalmente a DeltaGamma, más profundamente que nunca. Pero, si no dejaba de bajar, a lo mejor no podría regresar de nuevo. Y el mar oscuro, seguía continuamente más profundo...

Miraron por última vez la isla pequeña solitaria. No sabían qué, pero algo los había traído hacia ella.

Quizás fuera simplemente una isla que no habían visto nunca antes.

* * *

Fue un poco tiempo después de que encontraron la isla extraña, cuando Alejandra se enfermó. De repente, como era costumbre.

Avanzaban lejos de tierra cuando se acercó a Iásonas y le pidió que se detuvieran. Se sentía cansada.

Descansaron, entonces, y continuaron. No obstante, muy pronto Alejandra se cansó de nuevo. Al día siguiente decidieron que tenían que pararse en algún lugar tanto como fuera necesario.

...

Se detuvieron finalmente en una playa llena de pequeñas piedras grises y blancas.

En un extremo el mar.

En el otro, las piedras daban su lugar a rocas cada vez más grandes que terminaban en unas pequeñas brascas elevaciones.

Aquellas elevaciones las miraba desde abajo Alejandra.

Justo ayer le habrían parecido tan pequeñas. Podría haberse encontrado inmediatamente en su cumbre.

Pero hoy ¿cómo podría confiarse en sus alas débiles?

¿Y cómo podría otra vez volar por Iásonas?

Cada día que pasaba se sentía más cansada. Incluso la natación ya la cansaba. Salía a tierra y se sentaba sobre las pequeñas piedras calientes.

Iásonas, en vano intentaba presionarla para comer. En vano intentaba consolarla.

No obstante, cuando estaban juntos, cuando conversaban sobre el cielo y el mar, parecía que todo era como antes; en unos instantes abriría sus alas y el viaje comenzaría desde el principio.

Un nuevo viaje. Como si no hubieran visto nada hasta ahora...

...

Buscaba de nuevo. Les gritaba a las gaviotas que encontraba y les preguntaba si sabían algo. Si había algo que podría hacer por Alejandra. Pero nadie lo sabía.

Sólo una le habló del Viejo Sabio.

Recogió en una orilla de la playa algunos peces.

Los había tirado a tierra con un movimiento brusco de su cabeza, aunque temía que su amiga tal vez no comiera nada.

Alejandra le pidió que no se fuera.

Pero no podía quedarse. Verla sufrir sin poder ayudarla.

De todas formas no tenía de qué preocuparse. Para una gaviota sería únicamente medio día de vuelo. Pero ya que nadaba rápidamente podría regresar antes de la noche siguiente.

Y tendría cuidado. Bastaría que ella se cuidara también.

La saludó. Después se fue.

* * *

Cuando sintió que se había alejado bastante aumentó la velocidad. Quería regresar tan pronto como pudiera. Tenía pues que llegar lo más rápido posible al Viejo Sabio.

La gaviota que le habló de él le había dicho que era la gaviota más sabia. Que era seguro que conocía todas las enfermedades. Pero no quería volar más.

Lo encontraría en su isla.

...

Había empezado ya a subir... A escalar cada vez más grandes rocas, saltando de una a otra. Ponía toda la fuerza que le quedaba.

...

Nadaba sin parar hasta que cayó la noche. Decidió entonces descansar un poco. Siguió después nadando, en la oscuridad.

Si solo el Viejo pudiera ayudarle... Si existiera algo que pudiera hacer...

Empezó a amanecer cuando se acercaba a la isla totalmente verde. Era como exactamente le habían dicho. Pero alrededor volaban gaviotas blancas.

Llamó a una para que se le acercara. Le rogó que trajera al Viejo.

Ella se sorprendió. Nunca el Viejo Sabio iba a ver a nadie. Todos iban a verlo.

Por supuesto, hasta ahora, solo gaviotas lo habían buscado.

Comenzó, entonces, a dirigirse a la cueva pequeña en la cumbre más alta de la isla.

Volaba lentamente hacia el sitio donde estaba. Atrás, a la izquierda y a la derecha, lo seguían dos gaviotas más.

Bajó cerca de Iásonas. Bajaron después ellas también.

Su apariencia era la de una gaviota que realmente sabía mucho. Que había visto muchas cosas durante su vida. Que de sus palabras nadie podría dudar.

Se extrañó cuando escuchó que ese delfín había ido hasta su isla por una gaviota. Cuando escuchó que una gaviota podía tener a un delfín como amigo.

Pero no preguntó más. Le aconsejó lo que tenía que hacer.

Después diciéndole a las dos gaviotas blancas que se quedasen para buscar la comida de él, regresó y empezó a volar solo hacia la cueva, en el punto más alto de la isla.

...

No había aprendido nada en esencia. La gaviota le dijo simplemente que su amiga tenía que descansar, comer bien y pedirle de favor al dios de las gaviotas que la ayudara.

De todos modos estaba contento. Porque se iba de aquella isla.

Porque nadaba hacia Alejandra.

...

Subía desde la parte trasera de las elevaciones. Ahí donde las rocas se alzaban regularmente antes de cortarse, un poco detrás de la playa con las pequeñas piedras grises y blancas.

Tenía que llegar...

...

Movía con ritmo su cola, avanzando rápidamente dentro del agua. Salía a la superficie sólo cuando necesitaba respirar.

El sol subía lentamente en el cielo. Las nubes, blancas, en algún lugar a la orilla del mar.

Era un día hermoso.

* * *

La buscó con los ojos encima de las pequeñas piedras. Pero no estaba allí. Miró mejor.

Un escalofrío pasó por su cuerpo.

Como por intuición levantó la vista a las brucas elevaciones.

La vio abrir lentamente sus alas grandes, blancas y grises.

Alas que temblaban.

Le gritó.

Gritó tan fuerte como podía.

Pero aquella no podía responder. Utilizaba sus últimos esfuerzos para mantener extendidas sus alas.

Pero la entendería. Siempre la entendía...

Saltó, entonces, al precipicio...

* * *

Era un día común y corriente.

El mar parecía que te llamaba. El sol brillaba a lo alto.

Sus alas resistieron. Se deslizó en el aire antes de caerse a las rocas. Dejó atrás la playa con las pequeñas piedras blancas y grises. Volaba de nuevo. Volaba de nuevo, a unos metros sobre las aguas celestes...

Y el sol brillaba todavía cuando sus alas parecieron romperse.

Cuando el mar por fin la arrastró cerca de él.

Estaba completamente débil, incapaz de moverse ni siquiera un poco.

Puso su hocico debajo de su cabeza. La levantó levemente fuera del agua, para poder respirar.

«Me muero Iásonas», murmuró.
«No... No...»

«Por favor, llévame abajo...»
«Abajo, ¿adónde?»
«Abajo...
Debajo de DeltaGamma...»

Lágrimas nacían en los ojos del delfín — gotas de agua que se desvanecían en el mar.

«Te morirás Alejandra...»

«Nadie vive para siempre... ¿lo recuerdas?»

...

Le pidió sólo que hiciera una respiración profunda. Luego la sujetó suavemente con su hocico.

Desaparecieron juntos.

* * *

Se sumergían lentamente siguiendo las laderas de las montañas abajo, dentro del mar.

Grupos de peces se apartaban. Flores en forma de rayos se replegaban, como seres vivos, en sus refugios blancos. Conchas se cerraban.

Nuevos grupos de peces aparecían. Se apartaban.

Se escondían entre corales y algas. Dentro de rocas llenas de vida...

Pero la presión continuamente se hacía más fuerte. Y el cielo le gritaba a ella que le pertenecía a él.

...

Girando la cabeza hacia la superficie, podía ver su última respiración viajar hacia arriba, al mundo de donde venía.

Emerger temblorosamente pasando a través de rayos de sol bamboleantes. A través de rayos de sol frágilmente visibles, líneas atrapadas — pensarías — en el elemento húmedo, separadas por un momento del remolino del tiempo.

Iásonas abrió su hocico.

Mucho más abajo de la superficie, una gaviota comenzó también a subir, con las alas totalmente abiertas, mientras alrededor de ella un delfín nadaba en círculos contiguos.

Viajaban uno al lado del otro.

Emergían lentamente, pasando a través de rayos de sol bamboleantes, a través de frágiles rayos de luz, separados los dos —pensarías— del remolino del tiempo...

* * *

La tomó junto a él, lejos en el infinito mar.

Allí, sobre DeltaGamma, una gaviota flotaría con las alas todavía abiertas. Un delfín se lamentaría con el hocico aún tocando un cuerpo blanco y gris sin alma.

Allí, sobre DeltaGamma, sobre la línea donde un día se habían conocido, las olas empezarían al subir...

Un delfín se hundiría en un mundo con flores y árboles, con campos sembrados de oro y calles de tierra, con ríos y lagos inundados de nubes.

Y una gaviota simplemente seguiría el mar...

...

Una gaviota que antes de que sus ojos se cerraran para siempre, había conseguido mirar el mundo que se encuentra más allá del horizonte.

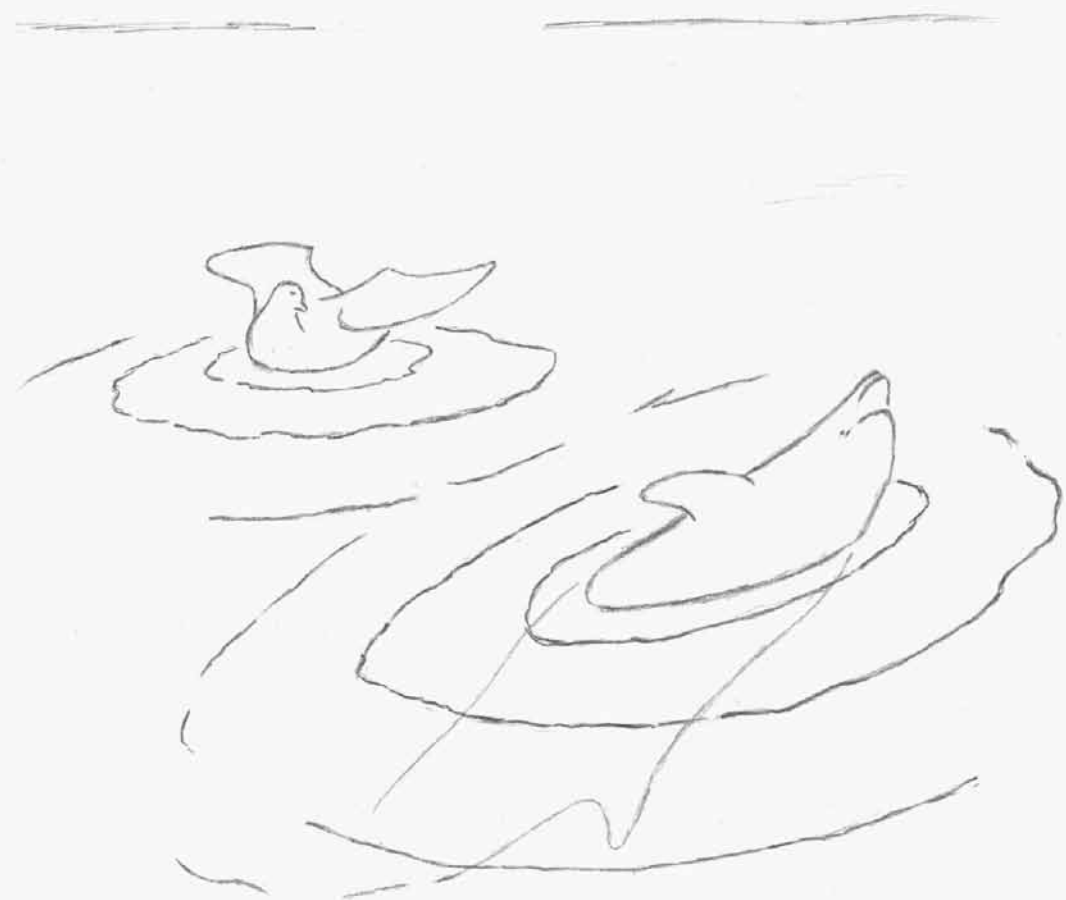
Desmenuzar sus lazos transparentes.

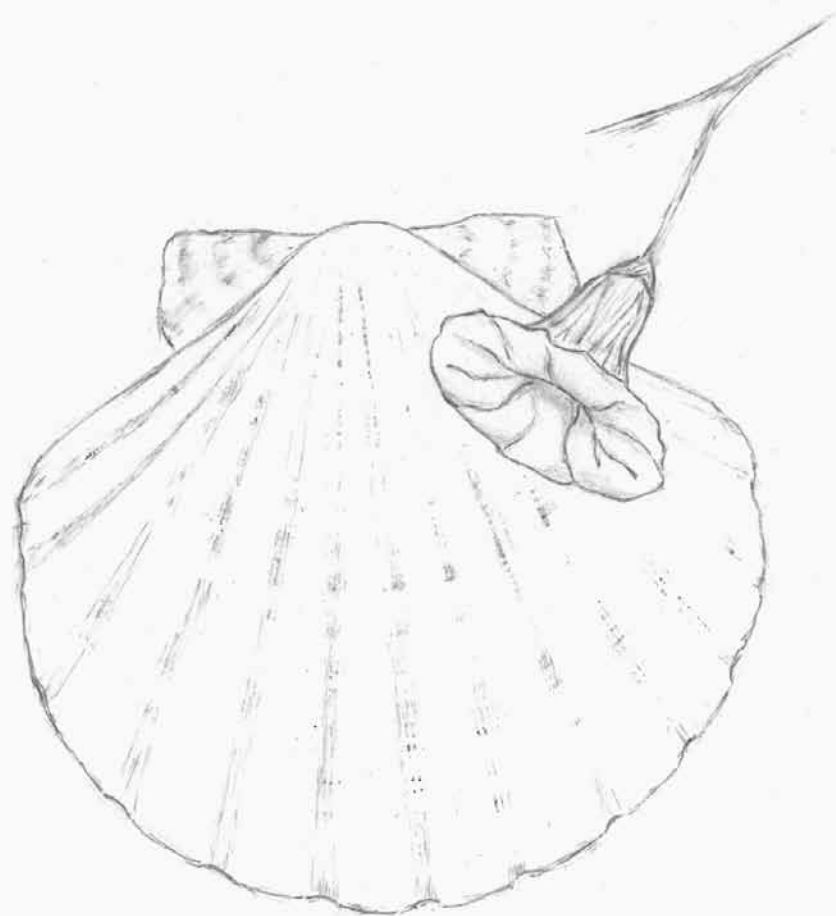
Volar realmente libre.

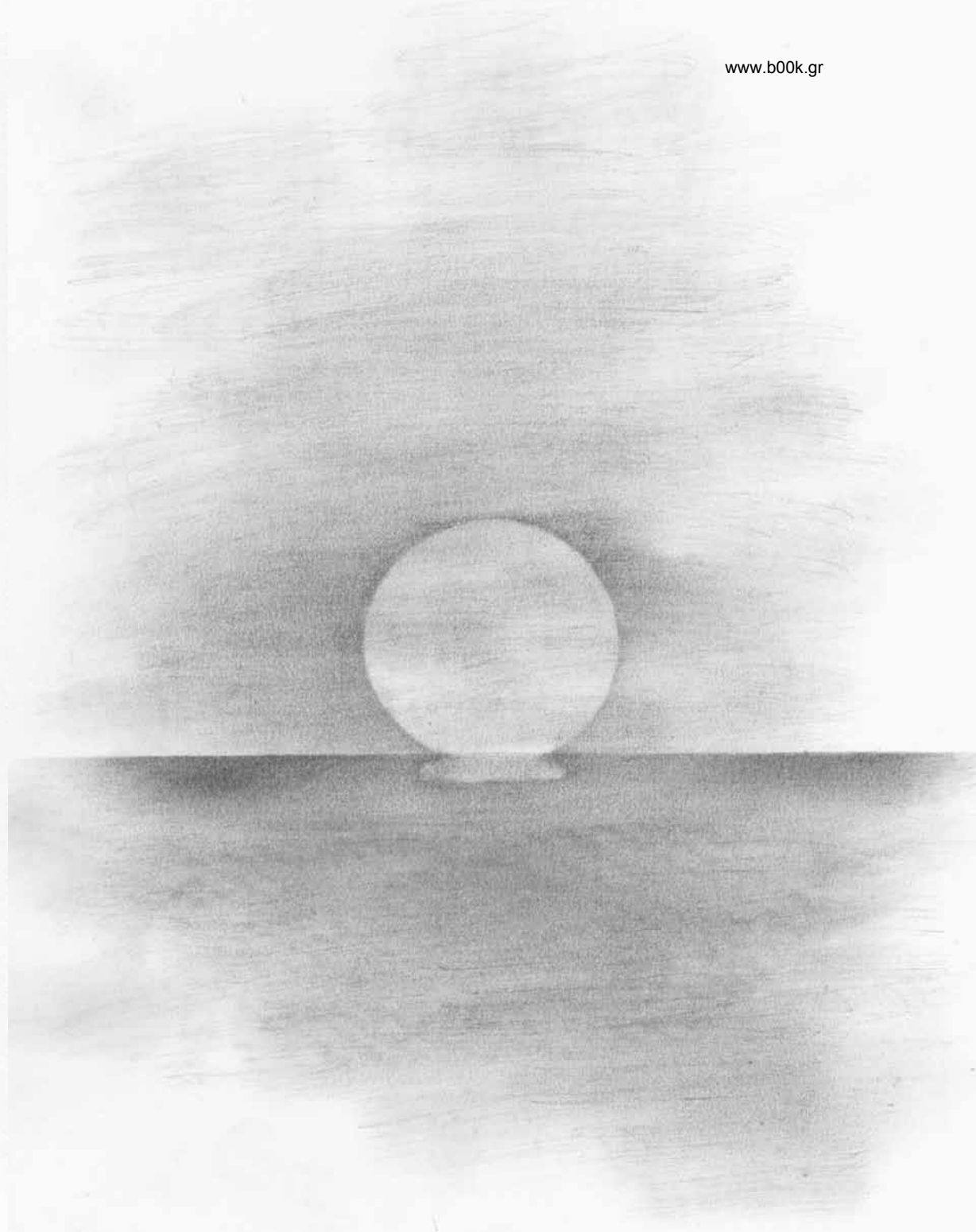
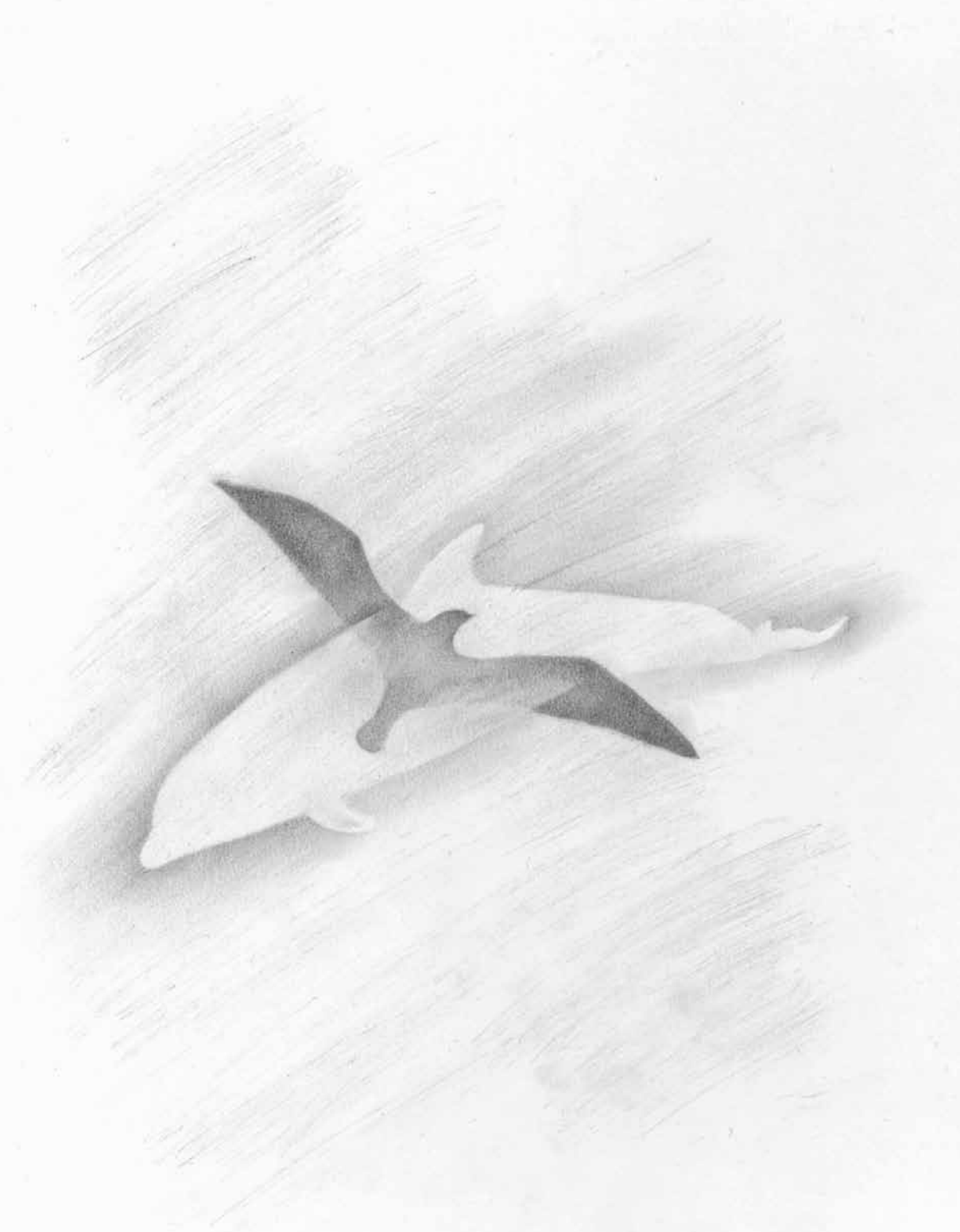
Una gaviota que no puede apagarse y nunca lo hará...

Que siempre vivirá...

...Por lo menos tanto tiempo como algún delfín
vuele en las profundidades.







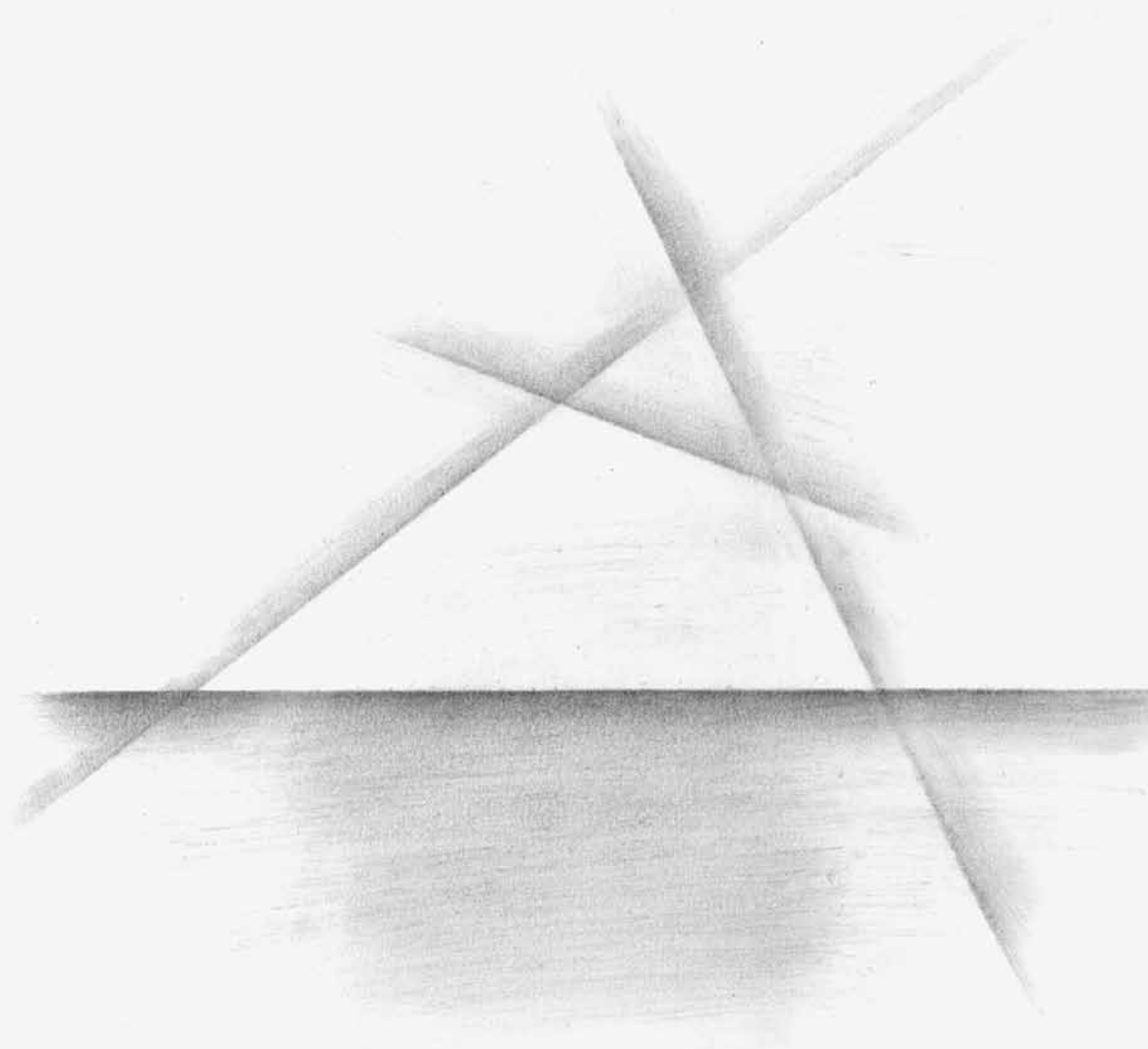
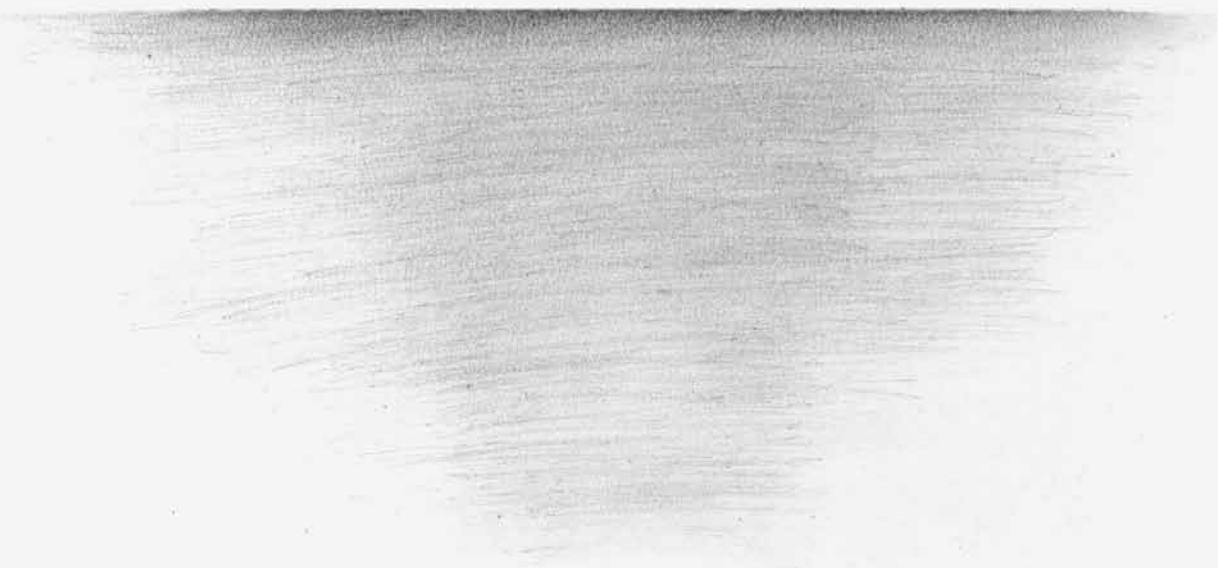


*Perdidos en algún lugar del universo,
pareciendo encarcelados en mundos diferentes,
muchos soles están separados por distancias,
soles separados por líneas infinitas...*

Pero, ¿recuerdas?

*Hay siempre un pedazo increíblemente pequeño de nuestra mente,
que nunca obedeció las leyes de la naturaleza.*

Y ya el principio se ha hecho...





...de las páginas
de algún libro inexistente...